

CITA PARA LA ETERNIDAD

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION

BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

CITA PARA LA ETERNIDAD

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

358 — *La reina del sistema Uta*, Joseph Berna

359 — *¡Abajo los robots!*, Glenn Parrish

360 — *Extraños en la tierra*, Marcus Sidereo

361 — *La raza milenaria*, A. Thorkent

362 — *Expulsión,* Glenn Parrish

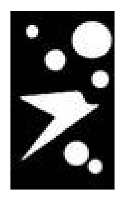
KELLTOM McINTIRE

CITA PARA LA ETERNIDAD

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 363

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 20.613 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

l.ª edición: julio, 1977

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPITULO PRIMERO

Acabamos de descender de las capas superiores de la atmósfera.

Wooa, mi operadora de comunicaciones, me envía constantemente datos desde su cabina situada a mi derecha.

—Altura, 15.000...

—Velocidad, 100...

—Presión, 988...

—Oxigeno...

—Potencia centrífuga...

—Visibilidad...

Los datos van surgiendo como destellos instantáneos en la pequeña pantalla instalada sobre mi cráneo, a la altura de mis ojos.

Miro a mi izquierda.

Veo a mi segundo de a bordo, Wazoo, y, a través del destello verdoso de sus ojos, adivino su tremenda tensión, su ansiedad sin límites.

¡Al fin, vamos a conseguirlo...!

Wooa, tan pequeña —apenas mide un metro setenta y ocho centímetros— y delicada, aparece completamente absorta en su función.

Y yo mismo, el comandante Koorax, experimento la emoción indescriptible de las grandes aventuras.

Al fin, vamos a conseguir descender sobre este hermoso planeta, al que hemos observado y codiciado desde los albores de la Historia de nuestra civilización.

Todos los tripulantes de nuestra gran nave comparten la misma emoción, idéntica ansiedad: Ptee, Xital, Oothan... Todos permanecen atentos en sus puestos, temerosos y decididos a un tiempo.

Nuestra astronave desciende, rauda, a través de grandes masas de vapor acuoso —nubes— suspendidas en el espacio.

Miro fugazmente a Wooa.

Está aterrada, pero, con enorme voluntad, se impone a su propio miedo para seguir cumpliendo con su tarea.

¿Qué siento, exactamente, hacia Wooa?

¿Es amor o... sólo admiración?

La astronave vibra imperceptiblemente en su oblicuo descenso hacia tierra.

Siento un tremendo calor en mis facciones, y comienzo a transpirar abundantemente.

Poco a poco, voy frenando el brusco descenso de la nave, y el calor se atenúa.

Pienso en nuestra increíble aventura.

¿Será cierto que este planeta está habitado por criaturas semejantes a nosotros...?

Junto a mí, Wazoo contempla, sin parpadear, la pantalla del visor, a través del cual se tiene la sensación de que una inmensa pradera verde sube velozmente hacia nosotros.

Conecto mi visor, y miro también, asombrado, la llanura que semeja un verde mar ondulante.

—Altitud, mil... —leo en la pantalla luminosa.

La astronave se estabiliza en el aire.

Desde allí, todos observamos el espectáculo esplendente, multicolor, de este planeta fascinante.

Durante un minuto, los aparatos de a bordo realizan mediciones automáticas.

Y finalmente, doy la orden:

—¡Descenso!

La astronave se cierne sobre la pradera verde, a pequeña velocidad.

Todos permanecemos en silencio, quizá conteniendo la respiración para que nada perturbe nuestra atención, nuestra ansiedad por descubrir las particularidades de este bello planeta que acabamos de

conquistar.

¿Cuánto tiempo llevamos a bordo de esta astronave...?

Unos tres meses, valorados según el cómputo del tiempo de nuestro distante planeta Llaach.

Poco tiempo, en realidad, pero que a mí, personalmente, se me antoja toda una eternidad.

La astronave desciende sobre la pradera. Estamos a quinientos, a trescientos metros de la superficie.

Wooa lo contempla todo con los ojos muy abiertos y las ventanillas de su nariz dilatadas.

Noto que su pecho se estremece, que su respiración es agitada, jadeante, corta...

Me siento un tanto alarmado, y consulto su ritmo cardíaco, a través del control automático unido a cada uno de los puestos de los tripulantes.

Su ritmo ha subido a ciento veinte latidos por minuto. Pero su estado, aparte la emoción, es normal.

Descendemos a doscientos, a cien metros.

Súbitamente, Wooa deja escapar un alarido, que retumba siniestramente en el interior de la astronave, y señala, con un gesto aterrorizado, la pantalla de su visor.

También mi cerebro registra ondas electrizantes, de puro pánico.

¡Esos seres que corren a cuatro patas, a través de la alta vegetación de la pradera...!

Son horribles, en verdad.

Tienen un cuerpo musculoso, un pelaje brillante, negruzco, cuatro potentes patas, unos ojos oscuros, dos protuberancias córneas en el alargado cráneo...

Me estremezco, imaginando que éstas sean las criaturas humanas de este planeta.

¡Son espeluznantes, en verdad...!

Estos seres cornudos —luego sabremos que se llamaban búfalos—,

huyen alocadamente en todas direcciones, quizá sorprendidos por la extraña apariencia azulada de nuestra astronave.

Wooa me ha mirado, suplicante.

—Koorax, ¡todo esto es terrorífico! ¡Te ruego que eleves la astronave y nos alejemos de este horrendo lugar! —grita.

—Calma —exijo—. Sé cómo os sentís ahora, pero no debéis temer. Nuestra astronave es inexpugnable. Nadie puede hacernos el menor daño.

Finalmente, hago descender nuestra nave sobre la pradera.

Unos extraños seres, que vuelan, se alejan del lugar de nuestro aterrizaje, produciendo agudos graznidos.

Son absolutamente distintos que los otros —los búfalos—, de menor tamaño y capaces de elevarse y mantenerse en el aire, según puedo comprobar.

Me estremezco, imaginando la cantidad de seres de aspecto terrorífico que tal vez encontremos sobre la superficie de este planeta.

Sin embargo, pocos minutos después, la inmensa sabana ha quedado en silencio.

Sólo se mueve el viento, que ondula atractivamente el alto y apretado yerbazal.

De repente, dos enormes seres de aspecto monstruoso se abren paso en la maleza.

Son cuadrúpedos, de unos cuatro metros de altura, las fauces prolongadas en un largo cuerpo de forma cilíndrica y... ¡sus cuernos brotan de su boca!

Wooa ha palidecido, al ver cómo los dos monstruosos seres se acercan pausadamente.

Pero no existe el menor peligro.

Las dos enormes criaturas —averiguaremos más tarde que reciben el nombre de elefantes— se han detenido, parecen observar sin mayor sorpresa nuestra gran astronave, y luego se alejan, con su largo paso y sus redondeadas siluetas bamboleantes.

Miro a Wooa.

Adivino que se siente helada de espanto, y trato de animarla.

—¿Ves? No ha ocurrido nada —digo en voz alta—. Esos seres son inofensivos. En realidad, no han demostrado siquiera curiosidad hacia nosotros.

Wooa sonríe débilmente. Pero advierto que hace un gran esfuerzo por sobreponerse al terror.

Aguardamos.

A bordo, los generadores de energía laten a ritmo lento.

Repaso mentalmente las órdenes recibidas de nuestro *Tpa* el gran Tallab, jefe supremo de Llaach.

Debemos obrar con toda cautela, observar la superficie de este planeta escrupulosamente, y comprobar las condiciones de vida, y nuestras posibilidades de supervivencia en este medio desconocido y, tal vez, hostil.

Los aparatos de a bordo analizan automáticamente la atmósfera, y nos ofrecen sus resultados.

La atmósfera es ligeramente más pobre en oxígeno que la de Llaach, pero la gravedad es mayor, aunque la diferencia con nuestro planeta no llegue a ser exagerada.

Distraído en mis pensamientos, he dejado de observar mi visor.

Unos alaridos salvajes me obligan a mirar.

En el confín de la sabana, a unos doscientos metros de nosotros, donde se alzan árboles de grueso tronco y espeso follaje, unas criaturas nos observan. Es decir, observan nuestra astronave.

Aproximo manualmente la imagen, y contemplo, asombrado, a aquellas criaturas de piel negra, cortos cabellos rizados sobre el cráneo y cuerpo desnudo, que se mantienen en equilibrio sobre dos largas piernas, y son de una estatura ligeramente inferior a la de los hombres y mujeres de Llaach.

¿Serán... serán criaturas humanas?

Comienzo a deducir que sí, cuando advierto que tienen expresión, se mueven como nosotros e... ¡incluso parecen hablar entre sí, muy excitados!

Siento una tremenda curiosidad. ¿Habremos encontrado, por fin, a

los hombres y mujeres de este planeta?

De repente, un grupo formado por sesenta o setenta de aquellos individuos se pone en marcha... ¡hacia nosotros!

Ahora ya se acercan, están más cerca, se detienen, vacilantes.

Sus rostros, sus cuerpos, están horriblemente pintarrajeados con colores muy vivos... ¿Qué puede significar esa salvaje costumbre?

¿O son verdaderamente así?

Wooa está aterrada, inmóvil, incapaz de la menor reacción.

Las criaturas pintarrajeadas se han puesto nuevamente en marcha y avanzan, amenazadoras, contra nosotros.

Llevan unas extrañas varas largas, terminadas en punta, que comienzan a arrojar contra nosotros.

A través de nuestros micrófonos exteriores, escucho sus gritos destemplados y les veo retroceder, aterrados, cuando comprueban que sus armas son rechazadas con fuerza por el halo magnético que envuelve nuestra nave.

No pueden hacernos ningún daño, pero mis compañeros están aterrados, y yo mismo noto que mis manos tiemblan.

Finalmente, doy la orden:

—¡Atención, despegamos!

La nave vibra, y una leve sacudida nos conmueve cuando la astronave se eleva verticalmente.

Las criaturas de color oscuro que nos rodean, huyen, espantadas, y la nave se eleva velozmente, y los perdemos de vista.

Nuestro primer contacto con los seres de la Tierra ha sido absolutamente negativo.

CAPITULO II

Cuartel general de las fuerzas aéreas, en Salisbury (Rhodesia).

En el bar de oficiales resonó la alarma.

—¡Oficiales Barton, Allyson y Boe, diríjanse a las pistas! ¡Operación de emergencia...!

Edward Boe se atragantó. Tosió secamente y arrojó un chorro de cerveza entre los labios..

—¡Otra vez...! —gruñó—. Supongo que debe tratarse de la tercera falsa alarma, en poco más de dos días.

—Vamos, Ed. No empieces a despotricar —el capitán Allyson le tomó por un brazo y le arrastró al exterior.

Saltaron al "Jeep" que les aguardaba, y el vehículo arrancó, veloz, hacia las pistas.

Dos minutos después, los tres supersónicos "Phantom" estaban en el aire.

En su carlinga, el capitán Allyson recibía ya instrucciones del general McBryd.

—Diríjanse a Koa, cuarenta millas al sudeste de Salisbury. La estación de seguimiento ha detectado la presencia en el aire de un aparato de grandes proporciones. Puede tratarse de un bombardero rebelde. En cuanto le tengan a su alcance, ¡abátanlo!

—Está bien, señor. ¿Algo más?

—Nada más. Mantenga conectada la radio. Permaneceré en constante contacto con usted.

—Bien, señor —respondió Allyson.

Y se comunicó con Barton y Boe, que volaban a uno y otro costado de su "Phantom".

—Posible bombardero rebelde sobre Koa. Hay orden de abatirlo —les informó el capitán.

—¡Ojalá sea algo más que una de esas falsas alarmas que se vienen repitiendo en los últimos días! —respondió Boe, que siempre parecía

ansioso por disparar sus misiles aire-aire.

—Permaneced atentos —recomendó Allyson—. Dentro de cuatro o cinco minutos, estaremos sobre Koa. Vamos a elevarnos hasta los seis mil metros.

El aparato de Allyson ascendió fulminantemente, casi en sentido vertical. Y los de Boe y Barton le imitaron.

Poco después, volaban sobre el poblado de Koa.

Allyson, que dividía su atención entre el espacio aéreo que se ofrecía ante él y la observación de la pantalla de radar, comenzó a creer que Boe tenía razón al imaginar que una vez más, se trataba de una falsa alarma.

La atmósfera estaba clara, diáfana, apenas cruzado el horizonte por unos finos estratos de apariencia algodonosa.

La voz de Edward Boe retumbó en el altavoz de la carlinga de Allyson.

—¿No os lo dije? —dijo con acento burlón—. La estación de seguimiento ha debido dejarse engañar por una bandada de grullas migratorias.

— ¡Cállate! —ordenó Allyson, en un susurro—. El general McBryd está escuchando tus gansadas.

Y Boe calló como un muerto.

De repente, el aparato de Allyson comenzó a fallar inexplicablemente.

Uno de los dos reactores se había parado, y el avión aminoró ostensiblemente su velocidad.

—¿Qué te ocurre, Allyson? —gritó Barton—. ¡Estás empezando a quedarte atrás...!

—¿Ocurre algo, capitán? —resonó la voz del general McBryd.

—¡No... lo sé, señor! El reactor de mi izquierda se ha parado. Estoy perdiendo velocidad.

Calló súbitamente, al advertir que la aguja de la esfera del radar giraba como enloquecida en su eje.

Y luego se oyó el grito de Boe:

—¡Allyson, Allyson! ¿Estás viendo lo mismo que yo?

— ¡Es... es un OVNI! —exclamó Barton, con voz ronca.

Allyson se inclinó levemente hacia adelante y lo vio.

—¡Capitán, capitán! —vociferaba McBryd, a través de las ondas—, ¿Quiere explicarme, de una maldita vez, lo que está ocurriendo sobre Koa?

Allyson tragó saliva.

—¡Señor... no sé cómo explicárselo! ¡Es... un resplandor azulado, que se eleva a tremenda velocidad en oblicuo, y ha establecido una intensa perturbación en todos los aparatos de a bordo! ¡Dios santo! ¡Yo diría que se eleva a... diez o doce mil kilómetros por hora!

—Pero eso... ¡es imposible! —gruñó el general, descompuesto.

—¿Cuáles... cuáles son sus órdenes, señor? —preguntó Allyson, que hacía un gran esfuerzo por articular las palabras.

—Sea lo que sea, ¡disparen, abátanlo! —decidió McBryd.

— No creo que seamos capaces de alcanzarlo, señor. Yo no podré, al menos. He quedado rezagado, respecto a Boe y Barton —respondió el capitán.

—¡Que ellos se encarguen de la operación! Y abra bien los ojos, capitán. ¡Quiero que me tenga al tanto de todo lo que ocurra!

— Bien, señor —accedió Allyson. Y se comunicó con sus dos compañeros—. ¿Habéis oído la orden del general? ¡Hay que abatir ese objeto, se trate de un avión o de lo que sea!

—¡Encantado! —Exclamó Boe—. ¡Vamos allá, Barton!

El "Phantom" de Boe fue el primero en separarse. Veloz como un dardo, salió disparado a las alturas hasta convertirse en un puntito en el horizonte.

Allyson forzó su único reactor hábil, tratando desesperadamente de mantenerse cerca de Barton y Boe.

El cegador resplandor azulado se había detenido a unos diez mil metros.

Boe, siempre osado, se aproximó en línea recta.

A unos dos mil metros de distancia, disparó dos de sus misiles aire-aire.

¿Qué ocurrió?

A pesar de la carlinga insonorizada, Boe pudo escuchar el estadillo de los potentes proyectiles... a medio camino de su objetivo.

Volvió a disparar, obsesionado, a la par que su "Phantom" se aproximaba vertiginosamente al OVNI.

Inútilmente esperó a escuchar las deflagraciones de los dos misiles.

Boe intentó elevarse para evitar la colisión contra el OVNI, pero comprobó aterrado, que los aparatos de control no obedecían a su orden.

Luego, todo sucedió de forma fulgurante.

Se produjo una tremenda explosión, y el "Phantom" de Edward Boe se vio envuelto en una gigantesca llamarada y... se desintegró.

Allyson, que lo había presenciado todo, comprendió lo que había ocurrido: *los dos misiles se habían vuelto contra el aparato desde el que habían sido lanzados*.

En el altavoz retumbaba la ronca voz del general McBryd, solicitando información, pero Allyson se sentía excesivamente transtornado para poder explicarle cuanto acababa de ocurrir.

Por fortuna, Barton había optado por alejarse, después de ver estallar el aparato de Boe en el aire.

En cuanto al enigmático OVNI, acababa de emprender una meteórica ascensión hacia las alturas para terminar diluyéndose en la distancia.

Viendo que perdía altura, Allyson trató desesperadamente de poner en marcha su reactor izquierdo.

¡Y el motor respondió!

La aguja del radar se había estabilizado, y todos los aparatos de a bordo funcionaban ya correctamente.

Pasmado de asombro, Allyson trazó un veloz semicírculo, y se aproximó al "Phantom" de Rex Barton.

—¿Puede contestarme de una maldita vez, capitán? ¡Habla el

general McBryd! —vociferaba su jefe, a través de la radio.

—Trataré de explicárselo todo… en la Base, señor. Le ruego me disculpe, pero en mi presente estado de ánimo me siento… incapaz de poner en orden mis ideas —respondió el capitán.

Se comunicó con Barton, tan aterrado como él mismo, y le informó que volvía a la Base.

Era una preciosa mañana de primavera, sobre la sabana africana.

Pero el animoso Edward Boe se había convertido en diminutos fragmentos, a diez mil metros de altura.

CAPITULO III

—¡Son... horribles! —gimió Wooa.

Estaba contemplando en la pantalla de su visor las escenas grabadas en una de las diminutas células de video.

—Debes comprender que "ellos" no tienen que ser exactamente como nosotros, aunque se nos asemejan mucho —le expliqué.

—Son salvajes, violentos, hostiles. .

—Somos extraños, distintos a ellos. Quizá ellos no disponen de naves como la nuestra, y ello les causa pavor —añadí.

Pero era inútil.

Wooa sentía repugnancia hacia aquellas criaturas de piel negra, narices achatadas y cuerpos desnudos.

La bella Ptee vino a traerme el resultado del "test" conseguido a través de las escenas tomadas por nuestras células fotograbadoras.

—No hay dudas, Koorax —dictaminó—. Se trata de hombres, de seres inteligentes.

Imaginé qué sería de nosotros, si todos los hombres de la Tierra se mostraban tan hostiles como habían demostrado en nuestras dos únicas confrontaciones.

Era evidente que las dos extrañas naves —curiosamente semejantes a las que habíamos visto en tierra— que nos habían atacado a mitad de nuestra ascensión, sólo pretendían destruirnos.

Cierto que no lo habían conseguido, gracias a la protección electromagnética que envolvía nuestra astronave.

A bordo, nadie podría dañarnos, pero, ¿qué ocurriría cuando saliésemos al exterior para realizar nuestras investigaciones?

—Todo sea por la supervivencia de Llaach y nuestros congéneres —me dije, para tomar ánimos.

Porque de la tripulación de la nave que yo comandaba dependía, en verdad, el destino futuro de los llaachitas.

Era preciso rendirse a la evidencia; nuestra supercivilización

amenazaba con la extinción de la vida en Llaach.

La vida animal —a excepción de los seres inteligentes— había desaparecido sobre la superficie del planeta.

Hubo un tiempo —según los libros de Historia— en que Llaach estaba habitado por toda clase de animales salvajes y domésticos.

Pero la superindustria, la contaminación atmosférica y un ansia desmedida de progresos científicos y de riquezas sin cuento, había terminado con la extinción de todas las especies animales.

La alimentación de los llaachitas, en consecuencia, se había empobrecido, hasta el extremo de figurar en su dieta una larga lista de alimentos sintéticos y apenas unos pocos vegetales.

Pero también la vida vegetal se encontraba al borde de la extinción, desequilibrado su ciclo por la ausencia de vida animal.

El porvenir no podía ser más sombrío para los hombres y mujeres de Llaach. Habían conquistado la técnica hasta niveles increíbles, pero también habían disminuido, casi hasta el suicidio, sus posibilidades de vida.

Sin embargo, no era esto lo más grave. Como consecuencia de la alimentación, el metabolismo de los seres de nuestra raza se había alterado profundamente, de forma que la última generación de Llaach —hombres u mujeres— *era absolutamente estéril*.

La población había disminuido en un cincuenta por ciento, y las perspectivas para el futuro eran las de *la extinción total*.

Antes de llegar a la Tierra, mi astronave había explorado todos los planetas del sistema solar, y también sus satélites.

La única vida que habíamos encontrado en aquellos cuerpos celestes se encontraba en el peldaño inferior. Es decir, sólo habíamos detectado la existencia de bacterias, de microorganismos.

Finalmente, cuando ya la decepción había hecho mella en nuestro ánimo, he aquí que descendemos sobre la Tierra, y hallamos algo tan perfecto que incluso ahora mismo creemos soñar: un complejo y completo mundo, poblado por miles de especies animales.

Hemos lanzado nuestro mensaje luminoso al distante Llaach: nuestra quimera, nuestro mundo soñado, está al alcance de nuestra mano.

Sólo existe una dificultad: la hostilidad de los terrestres.

Hemos llegado en son de paz, dispuestos a establecer contacto con ellos, manifestándonos proclives al diálogo y al pacto.

Pero los hombres de la Tierra nos han atacado en cuanto hemos descendido sobre la superficie de su planeta y, tal vez, sólo desean nuestra destrucción.

—¿Cuál debe ser nuestra conducta, en relación con ellos? —es la pregunta que someto al supremo criterio de nuestro *Pta* —jefe—, el gran Tallab.

Durante dos horas, hemos mantenido nuestra nave en órbita alrededor de la Tierra, en espera de la respuesta del Pta.

Finalmente, la decisión del gran Tallab ha llegado a nosotros a través del finísimo hilo luminoso que nos une a Llaach.

—No debemos permitir que vuestro viaje sea estéril. Sabes, ¡oh, intrépido Koorax!, que de vosotros depende el futuro de Llaach. Es preciso que consigáis vuestro objetivo, de una u otra forma. Insisto en que utilicéis la paciencia y el diálogo, pero si ello fuera imposible, vosotros poseéis poderes suficientes para imponeros por la fuerza. ¡Esta es mi decisión!

Tras el mensaje de Tallab, nuestra comunicación con Llaach se ha interrumpido.

Wooa, Xital, Wazoo, Ptee y Oothan me observan, expectantes.

Somos tres hombres y tres mujeres a bordo de !a astronave. Seis individuos de raza llaachita, condenados a no tener descendencia... a menos que se produzca un milagro.

La poderosa civilización de Llaach, su avanzadísima técnica... todo ello no valdrá nada porque, en nuestro planeta, hombres y mujeres seguirán muriendo, sin que nuevas criaturas vuelvan a ocupar sus puestos, a reemplazarles.

Por mi parte, nada odio más que tener que recurrir a la violencia. La educación que he recibido de mis padres en nuestro distante planeta prohíbe terminantemente utilizar la fuerza como método de convicción.

En Llaach, la violencia que todo ser lleva grabada en su instinto se desahoga fácilmente en los deportes y en los juegos.

Sin embargo…, estoy dispuesto a todo, a cambio de ofrecer a los míos una sola posibilidad de supervivencia.

Rápidamente, he trazado mi plan: durante algún tiempo, nos limitaremos a observar a los terrestres, a comprobar sus costumbres, su nivel cultural y técnico.

A bordo de nuestra *roodner* —astronave— disponemos de avanzadísimos sistemas de espionaje visual y sónico, lo que pronto nos ha permitido interceptar numerosos mensajes audiovisuales, emitidos por los terrestres a través de unos curiosos satélites artificiales, situados en órbita alrededor del planeta.

Hemos quedado asombrados al comprobar que en la Tierra existen diversas razas humanas.

Nuestro asombro está justificado si se tienen en cuenta que en Llaach sólo existe una raza, homogénea, única, aunque los libros de Historia dicen que en la antigüedad también proliferaron diversas razas en nuestro planeta, si bien el progreso y el entendimiento consiguieron que los llaachitas terminaran fundidos en una sola casta.

También nos ha sorprendido grandemente la profusión de lenguas utilizadas por los terrestres, cuando en Llaach todos nos comunicamos en un único idioma, aunque también somos capaces de entendernos telepáticamente.

Treinta días terrestres transcurrieron a bordo de nuestra *roodner*. Al cabo de los cuales, los seis tripulantes estábamos ya capacitados para conversar en cualquier lengua terrestre y adoptar las costumbres y maneras de los seres inteligente de la Tierra.

Un descubrimiento me llenaba de esperanza: la Medicina estaba muy avanzada en el planeta que nos disponíamos a abordar.

Por el contrario, en Llaach la Medicina no existía.

¿Por qué?

Por una razón convincente: en Llaach no existían enfermedades.

La explicación es lógica: en otros tiempos, la Medicina había alcanzado niveles tan elevados, que los médicos habían llegado a estar en disposición de terminar con todos los virus y bacterias perniciosos.

En Llaach, la muerte de los individuos se producía por mera degeneración celular. Y así nuestros ancianos llegaban a edades avanzadas: hasta unos doscientos años, contados según el cómputo

terrestre.

En consecuencia, la Medicina fue extinguiéndose en Llaach, paulatinamente... porque los llaachitas no necesitaban de los médicos.

Cuando empezamos a notar que nuestros congéneres se volvían estériles, incapaces de engendrar hijos, nos dimos cuenta de que no disponíamos de médicos ni investigadores capaces de encontrar remedio a nuestra dramática situación.

Si las cosas seguían así, era evidente que los habitantes de Llaach irían pereciendo progresivamente, sin dejar descendencia. Con lo cual, nuestra raza y nuestra cultura se extinguirían irremisiblemente.

No era posible desenterrar una ciencia como la Medicina, en poco espacio de tiempo. Y aunque nos dedicásemos a ello con todo afán, era muy probable que cuando la ciencia hubiera hallado remedio a nuestra esterilidad, los hombres y mujeres supervivientes fueran ancianos ya y, por tanto, impotentes para la generación.

Por mi parte, estaba dispuesto a entrar en contacto con los terrestres, de una forma indirecta: mis compañeros y yo comenzaríamos a relacionarnos con ellos, de modo subrepticio. Es decir, trataríamos de hacernos pasar por otros tantos terrestres, en una ciudad cualquiera.

Si nuestros primeros pasos tenían éxito, quedaba la segunda parte: nuestro tratamiento genético.

La verdad es que yo no estaba todavía muy seguro respecto a cómo y por quién sería llevado a cabo este tratamiento, pero abrigaba la esperanza de conseguir nuestro objetivo.

Si el plan fracasaba...

En el fondo, mi única obsesión era evitar la violencia, la destrucción.

* * *

El día treinta de abril, de mil novecientos setenta y siete, nuestra poderosa y enorme *roodner* descendió sobre un inmenso continente llamado América.

Había elegido aquel día para el aterrizaje porque el cielo estaba cubierto de nubarrones, y el huracán azotaba furiosamente la costa Oeste de América del Norte.

Confiaba en que todo ello favoreciera nuestro descenso, y tal vez pasáramos desapercibidos.

Me equivoqué, sin embargo.

Una escuadrilla de rápidos aviones de caza trató de interceptar nuestra *roodner*, a unos diez mil metros sobre el desierto de Mojave.

Por fortuna, fue fácil ascender vertiginosamente y desaparecer, en mitad de la violenta borrasca.

He dicho *por fortuna*. Porque si nos hubiéramos visto en la necesidad de enfrentarnos con ellos, las naves terrestres hubieran sido destruidas inmediatamente.

Una vez alejados, decidí que lo mejor sería descender sobre el Pacífico.

La *roodner* cayó como una exhalación sobre el mar y desapareció en sus profundidades.

CAPITULO IV

Dejé el microscopio sobre la mesa, y me levanté para estirar las piernas.

Encendí un cigarrillo, y fumé con cierta ansiedad.

Miré mi reloj y me alarmé: eran algo más de las doce de la noche.

Absolutamente abstraída en mi trabajo, las horas habían transcurrido, raudas, sin dejarse sentir.

Suspiré.

En realidad, me sentía muy a gusto en el Instituto de Investigaciones Genéticas.

No echaba de menos a Jack, que, con sus continuos e infundados celos, atormentaba mi vida.

Jack Morris y yo habíamos estado a punto de casarnos, el año pasado. Por fortuna, yo había reflexionado serenamente sobre él y sobre mí, y finalmente había ido posponiendo la fecha de la boda.

Seguíamos viéndonos de cuando en cuando, pero en realidad mi objetivo era sólo uno: cortar finalmente mi relación con él, sin que se produjese una ruptura especialmente violenta.

Debo confesar ahora que Jack no llenaba mis apetencias sentimentales. Era demasiado violento y absorbente, egoísta y brutal, a veces.

Era un buen partido, puesto que las industrias Morris suponían un seguro de comodidad, lujo y respetabilidad para el resto de mis días.

Sin embargo, yo era una mujer joven e independiente, y mi futuro estaba asegurado con mi profesión de doctora en Biología y Genética.

Dividía mi tiempo entre mi consulta de las mañanas y mi trabajo de investigación en el instituto, por las tardes.

Cierto que, a veces, me he sentido muy sola, pues soy huérfana desde la adolescencia, y mi única familia es tía Elsa, una solterona de cincuenta y cinco años, que vive conmigo en mi hotelito de La Jolla.

Supongo que mi destino —decidida ya la lenta, pero progresiva

distanciación de Jack— no será otro que] convertirme en una solterona más, al estilo de tía Elsa.

Si me miro al espejo, me encuentro muy bien físicamente: tengo buen tipo, piernas largas y bien formadas, caderas *comm'il faul*, cintura estrecha, senos puntiagudos y firmes, y unas facciones agradables.

Poseo un buen vestuario, y sé elegir siempre lo que mejor, se presta a mi esbelta silueta.

Pero hay una pega terrible: mi estatura.

Mido un metro y ochenta y tres centímetros.

Una mujer tan alta como yo, ve muy limitadas sus posibilidades de elegir o ser elegida.

Quizá por ello acepté a Jack Morris, cuando nos conocimos: él mide uno noventa, por lo cual nuestras estaturas eran proporcionadas entre sí.

A pesar de lo cual, Jack me prohibió desde el principio que utilizase zapatos con tacón alto, puesto que por nada del mundo permite verse superado en algo... aunque sea en ficticia estatura.

Sin darme cuenta, me había entretenido excesivamente en mis pensamientos, y mi reloj marcaba ya cerca de la una de la madrugada.

Recogí apresuradamente las muestras que había estado observando a través del microscopio, cambié mi bata en el próximo vestuario, y atravesé, rauda, los desiertos pasillos del centro de investigación genética.

Saludé al vigilante nocturno, a la salida.

—¿Tan tarde, doctora Harlow? —preguntó, cordial.

—Me distraje. Buenas noches, Compton.

— Buenas noches. Y que descanse. Debe sentirse rendida —respondió Compton. Y me abrió la puerta. .

Descendí, presurosa, hacia la zona de aparcamiento donde solía dejar estacionado mi pequeño "Maserati".

El viento huracanado alborotó mis cabellos negros. El cielo, poblado de negros nubarrones, amenazaba lluvia.

Corrí, presurosa, hacia mi coche, me acomodé tras el volante, di al

contacto y arranqué.

Las calles de San Diego estaban solitarias, y el vendaval azotaba los arbustos y los setos de los jardines, con violencia.

"Tía Elsa debe estar preocupada por mi tardanza", pensé.

La verdad es que mi tía está siempre sermoneándome, acerca de ello. Insiste siempre en que debo llegar a casa antes de las doce, pues para ella las calles de San Diego son —desde el oscurecer— la antesala del mismísimo infierno.

Cierto que las crónicas de sucesos están llenas, por lo común, de noticias que tratan sobre asaltos nocturnos, robos y violaciones de mujeres jóvenes.

Pero yo soy suficientemente animosa para confiar en mis propias fuerzas y desterrar de mi ánimo cualquier temor.

Aquella noche, sin embargo, tendría que afrontar una situación sumamente embarazosa.

Me dirigía a lo largo de India Street, rumbo a La Jolla, cuando tuve que frenar bruscamente para evitar atropellar al grupo de mozalbetes que estaban a la greña en mitad de la calzada.

Luchaban con palos y bastones, y también vi brillar alguna que otra navaja. Ya me disponía a dar marcha atrás hasta el próximo cruce, cuando alguien llegó por detrás del coche y abrió la portezuela.

Antes de que pudiera evitarlo, el gamberro introdujo una mano en el interior, cortó el encendido y me arrebató la llave de contacto.

Comprendí que no tenía escapatoria. Todavía, sin embargo, tuve suficientes ánimos para balbucear:

—Si es dinero lo que queréis...

Tendí mi bolso al muchacho que me había quitado las llaves. Pero el chico apartó el bolso de un manotazo, y me agarró brutalmente por un brazo.

Entonces advertí que la pelea había cesado bruscamente, y que ocho muchachos, entre los dieciséis y los veinte años, rodeaban mi automóvil.

Sus miradas expresaban decisión y codicia.

Comprendí que la gresca era ficticia, que todo era una escena

hábilmente montada para obligar, a detenerse a los incautos que, como yo, viajaban en sus automóviles a altas horas de la noche, a través de las calles solitarias.

Contemplaban con codicia mi coche y... también a mí.

El que me había despojado de las llaves lanzó una carcajada brutal.

—Es alta y esbelta como una gacela, chicos. ¿Qué os parece? ¿Comprobamos si su silueta vale para las páginas centrales del *Playboy*? —exclamó.

Dirigía una insinuante mirada al seto próximo, y comprendí que aquellos salvajes pretendían pasarse de la raya.

Bruscamente, tomé con la mano derecha la larga linterna que siempre llevo en el coche, y le golpeé con ella en el rostro.

El chico cayó hacia atrás, con la nariz rota, y arrojando un caño de sangre, que manchó su ceñido jersey.

Salté sobre él, dispuesta a recuperar mis llaves, pero media docena de manos me agarraron por las vestiduras, y tiraron de mí salvajemente.

Mi vestido se desgarró desde la espalda hasta los bajos, y mis prendas íntimas quedaron a la vista.

Hubo una pequeña pausa. Los chicos me contemplaban ávidamente, con expresiones lascivas.

Aproveché su indecisión de segundos para golpear con mi codo derecho el estómago del más próximo, que se dobló de dolor, y retrocedió de espaldas hasta golpear con mi coche.

Pero los otros me retorcieron los brazos a la espalda hasta que dejé escapar un gemido de dolor.

—Ahora, la nena va a ser razonable, y se va a estar quietecita, ¿eh? —barbotó uno de ellos.

Un chico pelirrojo, de unos dieciocho años, se aproximó. Se balanceaba sobre sus piernas fachendosamente, y tenía una sonrisita inocente en sus juveniles y agradables facciones.

Pero, de repente, la brillante hoja de una navaja automática brilló en su mano derecha.

"¡Dios mío! —pensé, aterrada—. ¡Este salvaje parece decidido a degollarme...!"

La hoja de la navaja trazó un destello en el aire, y su filo casi "rozó mi mejilla.

De repente, el chico movió rápidamente la muñeca, y cortó limpiamente la tirilla que unía las dos copas de mi sujetador.

Una carcajada colectiva, hiriente, resonó en mis oídos.

Mis ojos dejaron escapar amargas lágrimas de vergüenza e impotencia.

Y entonces, de repente, los que me sujetaban por detrás, me soltaron con brusquedad.

Un nuevo personaje acababa de hacer su aparición en aquel lugar, de India Street.

Era un hombre joven, muy alto —juzgue que debía superar, con mucho, los dos metros—, de cabellos rojo vivo corpulento, atlético, que caminaba con la lentitud propia de los pesados luchadores de *catch* del peso máximo.

Tenía unos curiosos ojos rojos, que me contemplaron, estáticos, durante un segundo.

Entretanto, y aprovechando que los gamberros que me acosaban se habían apartado de mí, cubrí mi desnudez lo mejor que puede, y retrocedí.

Sobre el pavimento brillaban las cromadas llaves de mi automóvil. Me incliné y las recogí.

Hubiera sido fácil huir entonces, puesto que todos parecían dedicar su atención al recién llegado.

Sin embargo, y a pesar mío, permanecí inmóvil, contemplando al apuesto desconocido.

—¡Lárgate! —gruñó el jovenzuelo de la navaja.

Pero el gigante de los cabellos rojos siguió avanzando, imperturbable.

Súbitamente, el muchacho se lanzó hacia adelante, dispuesto a apuñalar al desconocido.

El hombre de los cabellos rojos no se inmutó ante la brusca acometida. Por el contrario, permitió que la hoja de la navaja rozase su abdomen, y luego, con un movimiento preciso, apresó el brazo armado del muchacho, le impulsó con fuerza y..., ¡le proyectó sobre el seto, situado a más de ocho metros de distancia!

Hubo un retroceso de inquietud, entre los gamberros. Yo misma me sentía muerta de miedo, de asombro y de admiración.

—Es..., es un tipo peligroso —jadeó uno de los mozalbetes—, Pero, a fin de cuentas, ¿qué puede un tipo por fuerte que sea, contra siete "caimanes" como nosotros? No vamos a dejarnos intimidar por ese grandullón, ¿no?

Los chicos se consultaron, con una fugaz mirada.

Dos de ellos blandieron sus macizos bates de pelota-base, y avanzaron, en círculo, agresivos.

Los restantes mozalbetes les imitaron, bravucones. Estaban seguros de que, a fin de cuentas, el grandullón caería a tierra como un fardo, en cuanto uno de ellos consiguiese alcanzarle en la cabeza con un golpe de bate.

El hombre de los cabellos rojos permanecía en mitad del círculo, indiferente, al parecer, absolutamente inmóvil.

Mantenía sus largas y musculosas piernas entreabiertas en compás, y parecía observar a sus contrincantes con gran curiosidad.

El corro se estrechó.

Una vocecita susurraba constantemente en mi interior:

"¡Aléjate! ¡Salta a tu coche y márchate! ¡Ahora estás a tiempo...!"

Pero no le hice el menor caso.

Me sentía llena de curiosidad por lo que adivinaba iba a suceder, de un momento a otro.

Y juro que no quedé defraudada.

Porque cuando uno de los jóvenes, más temerario, avanzó en línea recta, con su bate en alto contra el desconocido, éste le tomó por la cintura antes de que descargase su golpe, le elevó a más de tres metros de altura, y le proyectó violentamente contra el grupo.

Cinco muchachos cayeron al suelo, en confuso montón, en medio

de un extraño coro de ayes, gemidos, exclamaciones y maldiciones.

Sin embargo, uno de ellos, más cauto, había rodeado mi coche, y avanzaba a espaldas del gigante de los cabellos rojos.

No pude contener mi grito de alarma, cuando advertí que el muchacho desenvainaba la larguísima hoja de una navaja de grandes dimensiones, y saltaba sobre el hombre que —de alguna forma— estaba trabajando a mi favor.

—¡Cuidado! ¡A su espalda!

El desconocido se volvió sin prisas, y atenazó a su enemigo por la garganta.

Ignoro cómo consiguió hacerlo, pero puedo asegurar que el efecto fue fulminante: la navaja arrancó chispas sobre la calzada, y el muchacho cayó, exánime, a los pies del gigantesco individuo.

Algunos de los gamberros que yacían en el suelo habían sido testigos de la derrota de su compañero.

Uno de ellos se puso en pie, y corrió a toda velocidad calle adelante, hasta desaparecer en la próxima esquina.

Aquello debió ser la consigna para que todos los que se encontraban en condiciones de ponerse en pie iniciaran una huida apresurada y vergonzosa, que me hubiera hecho sonreír, de no ser porque yo misma sentía el corazón en la garganta.

De todas formas, unos segundos después, el lugar estaba desierto. Es decir, a excepción del hombre de los cabellos rojos y de mí misma.

Le miré y..., sin poder contenerme, rompí en aplausos, como si me encontrase en el episodio de una película del Oeste, en que el héroe salva valientemente a su compañera, prisionera de los bandidos.

El hombre de los cabellos rojos dio unos pasos hacia mí, y se detuvo, al comprobar que yo seguía batiendo palmas, entusiasmada.

—¿Qué... qué es lo que hace? —preguntó.

Dejé caer mis brazos a lo largo del cuerpo, al escucharle.

Me sentía muy ridícula, en aquel momento. Pero incluso así, aún tuve ánimos para responder:

—Aplaudía... Le aplaudía a usted, que me ha salvado del ataque de esos salvajes jóvenes.

El gigante me miró de arriba abajo, con indescriptible curiosidad. Y murmuró:

—Ya... Luego, batir las palmas significa... Perdóneme. Quiero decir que le agradezco esos... aplausos.

—¿Agradecerme? Soy yo quien debe estarle agradecida. De no ser por usted... ¡Para qué voy a engañarme! Esos chicos me hubieran violado y... después, posiblemente, me hubieran matado y robado —respondí, con la garganta súbitamente seca.

Creí que él iba a decirme algo. Tal vez, una frase amable, quitándole importancia a lo que acababa de hacer.

Pero no dijo nada. Permanecía rígidamente inmóvil, con las piernas abiertas en compás, a cinco metros de mí, y me contemplaba con hipnótica fijeza.

Me estremecí de pies a cabeza.

Porque la sospecha me asaltaba ya...

Por un momento, se me había antojado que el desconocido de los cabellos rojos no desempeñaba otro papel que el del león que disputa su presa a las hienas.

CAPITULO V

Cuando volvió a avanzar sobre mí, retrocedí de un salto, ansiosamente por introducirme en mi coche.

Pero mi huida fue tan torpe y descontrolada, que tropecé con el paragolpes de mi "Maserati", y... caí al suelo.

La sangre se heló en mis venas cuando el gigante se inclinó sobre mí. Ya me disponía a gritar, cuando me tomó con suavidad por los hombros y me puso en pie.

—No temer... No tema. No le... haré daño —pronunció con cierta torpeza.

No sé por qué, pero le creí.

Tenía un deje extraño, exótico.

—¿Es..., es usted extranjero? —pregunté, poniendo mi atención en sus prominentes pómulos, en su boca de labios finos y en sus insólitos ojos de color rojo luminoso, que despedían, a veces, irisaciones violetas.

—Sí. Sí, extranjero —respondió él, con un atractivo timbre metálico.

—Ahora lo comprendo...

—¿Comprender..., qué? —exclamó él, separándose levemente.

Me estremecí, nuevamente.

Pero el mío no era un escalofrío de terror ahora, sino de placer.

La proximidad de aquel gigante me daba una intensa sensación de seguridad, de protección.

A pesar de mi estatura, aquel hombre me superaba en más de treinta centímetros. Tenía unos hombros enormes, anchísimos, que parecían ir a estallar de un momento a otro, bajo la ceñida cazadora de cuero flexible.

—Su... acento, su exótica apariencia —expliqué, precipitadamente. Y añadí—: Yo soy Eva Harlow, doctora en Biología y Genética.

Le vi hacer un gesto afirmativo, pero aunque yo esperaba que él

pronunciase su nombre, permaneció en silencio, observándome, al tiempo que me mantenía sujeta, sin violencia, por un brazo.

Detrás de nosotros sonó un frenazo brusco, y una luz anaranjada destelló sobre los setos y los muros.

Dos policías de uniforme bajaron del coche-patrulla, y se aproximaron a nosotros.

Noté inmediatamente que observaban al hombre que estaba junto a mí, con cierto recelo.

Reconocí a uno de los policías: era el sargento Wilson, un antiguo campeón de gimnasia, muy famoso en San Diego.

—Buenas noches, doctora Harlow... —saludó, con la mano derecha apoyada sobre la funda de su revólver—, ¿Le está molestando ese hombre?

Inconscientemente, me apresuré a negar:

—¡O, no, sargento! Se trata... Se trata de un amigo. El señor... —consulté desesperadamente a mi interlocutor con la mirada, invitándole a que pronunciase su nombre.

—Varislak... Serge Varislak —pronunció mi acompañante, sin perder en ningún momento la serenidad.

Sonreí.

—Gracias, sargento. Pero, como ve, todo está en orden —respondí, logrando superar mi embarazo.

—Vimos huir a unos chicos a través de un callejón de Beech Street. No logramos coger a ninguno de ellos, pero cuando la vimos aquí, en compañía de míster...

—Varislak —dije rápidamente.

—Bien, creo que todo se debió a una falsa alarma. Buenas noches, doctora Harlow —se despidió Wilson. Y volvió al coche-patrulla, acompañado de su agente.

Esperé hasta que el automóvil se alejó. Y me volví hacia Varislak.

—¿Quiere que le deje en algún sitio? —pregunté, amable.

—¿Cómo...? ¿Que me deje...? —exclamó, confuso.

—Comprendo que le resulte difícil entender mi idioma, señor Varislak. Quería decir que puedo llevarle hasta su casa, en mi coche —expliqué.

—Bien —respondió él.

Me introduje en el coche, y abrí la portezuela de la derecha. Varislak vaciló por un segundo, pero luego rodeó el vehículo.

Era enorme. Tan corpulento y tan alto, que sus piernas apenas cabían, plegadas, dentro de mi pequeño deportivo.

Finalmente, logró acomodarse dentro, y yo di al contacto y arranqué.

Me sentía muy nerviosa en su presencia —yo, que siempre sabía mantener la calma ante los hombres— y tomé un paquete de cigarrillos de la bandeja, y ofreciéndole uno.

—¿Quiere fumar?

Le miré fugazmente, y noté que contemplaba con gran extrañeza el paquete de cigarrillos, aunque finalmente respondió:

—¿Fumar? No... No fumar... Quiero decir, no fumo.

Yo sí fumé, con gran ansiedad.

Mientras conducía India Street adelante, no hacía sino pensar en todo cuanto me había ocurrido aquella noche. Pero, principalmente, pensaba en el enigmático Serge Varislak.

—Supongo que es usted húngaro, quizá checoslovaco —dije, incapaz de permanecer callada.

—Checoslovaco — pronunció Varislak.

—Ya... ¿Dónde vive..., cuál es su dirección? —quise saber, cayendo en la cuenta de que yo me dirigía, por la fuerza de la costumbre, a mi casa de La Jolla.

—No tener. . No tengo dirección. No tengo... casa. Llegué esta misma noche —respondió Serge con su atractivo acento extranjero.

—¿No conoce a nadie en esta ciudad?

—No.

Me mordí los labios, indecisa.

¿Qué podía hacer?

Imaginaba el estado de ánimo del hombre que me acompañaba, sin disponer de un amigo, de un conocido, que le orientase en una ciudad extraña.

Imaginé que debía haber desembarcado aquella misma tarde de alguno de los buques balleneros rusos, que solían hacer escala en nuestro puerto.

Ahora, Sergue Varislak —más de la una de la madrugada—, debía sentirse muy desorientado, incluso desvalido.

No era hora apropiada para buscarle un hotel. Por otra parte, se había puesto a llover, y el huracán azotaba a ráfagas nuestro coche.

En casa, Tía Elsa y yo disponíamos de habitaciones suficientes. ¿Por qué no ofrecerle hospedaje, por aquella noche...?

Lo dije en voz alta, sin detenerme a reflexionar:

—Si quiere, puede dormir en casa, esta noche —y me apresuré a aclarar—: No vivo sola, sino con tía Elsa, pero ella estará ya dormida cuando lleguemos... ¿Acepta?

Se volvió hacia mí, apenas a unos centímetros de distancia. Su aliento era fresco y agradable.

—Acepto —respondió. Me miraba con sus ojos rojizos, que parecían despedir fuego, en la semipenumbra del coche—. Creo que., que debo agradecérselo, docto-rra... doctora Harlow, ¿se dice así?

—Sí —asentí, volviéndome para mirar adelante. Y traté de dejar las cosas en claro—: Desde luego, sólo puedo ofrecerle hospitalidad por esta noche, señor Varislak...

—Bien. Muy... muy agradecido —respondió.

A pesar de todo, seguía experimentando una gran excitación.

Quise examinarme a mí misma...

¿Había ofrecido mi casa a Varislak sólo por agradecimiento o... simplemente porque aquel hombre me fascinaba...?

No tuve valor para darme una respuesta concreta. Pero procuré tranquilizarme a mí misma, argumentando que Varislak me había salvado de la violación e incluso de la muerte...

A fin de cuentas, el héroe merece siempre un premio. Y mi héroe, por ahora, no podía ser otro que el cíclope que viajaba a mi lado, plegado en forma de cuatro: Serge Varislak.

Veinte minutos después, mi coche rodaba por el caminillo que lleva a mi bonito hotel de la playa, y se detenía en el pequeño garaje.

Tía Elsa dormitaba sobre un sillón, con su eterna labor de ganchillo sobre la falda.

No tuve valor para despertarla, de forma que guié a Serge a lo largo del salón, y ascendimos la escalera que llevaba a la planta alta.

Empujé una puerta, y le mostré el acogedor dormitorio que yo misma solía utilizar cada día.

—Puede dormir aquí, señor Varislak —indiqué—. La cama está hecha especialmente para mí, que soy una mujer bastante alta. Tal vez tenga que plegar las piernas un poco, pero, al fin y al cabo, sólo será por una noche. ¿Necesita alguna cosa más?

Giró lentamente —siempre se movía despacio— y me miró con fijeza.

—Yo necesitar... Bien, te necesito a ti —pronunció con gran claridad.

Retrocedí de un brinco.

Así que... ¡Menudo fresco! De forma que Varislak estaba dispuesto a cobrarse el favor que me había hecho una hora antes, ahuyentando a la pandilla de gamberros...

Fui a replicar airadamente, pero Serge estaba allí, mirándome a través de sus ardientes ojos color rojizo.

Sin voluntad, permití que sus largos y musculosos brazos ciñeran mi cintura.

Sentí que un escalofrío voluptuoso me recorría de pies a cabeza, y mis labios se acercaron a los suyos.

Serge no sabía besar, era evidente.

Pero en cuanto su boca entró en contacto con la mía, todo su ser pareció alborotarse y reaccionar.

Rápidamente, aprendió a devolver mis caricias. Me besaba de forma muy tosca y precipitada, pero sumamente convincente.

Luego, como de común acuerdo, los dos nos. dejamos caer sobre el lecho, y nos abandonamos a la absorbente vorágine de un abrazo frenético.

Por un instante —sólo por un instante—, imaginé la cara que pondría tía Elsa, si se despertase en ese momento y subiese a mi dormitorio.

Pero tía Elsa seguía en lo mejor de su sueño, abajo.

CAPITULO VI

Tía Elsa me despertó a las nueve de la mañana.

En cuanto vi su rostro sonrosado y sus grises cabellos llenos de rulos, di un brinco y me incorporé sobre el lecho.

—¿Qué te ocurre, pequeña? —se alarmó mi tía—. Tranquilízate, Eva, soy yo.

Suspiré.

Serge se había marchado discretamente, lo cual me ahorraba penosas explicaciones con mi tía.

¿O había sido todo un dulce sueño?

No. Serge había estado realmente conmigo.

Su presencia estaba en mí, en el recuerdo de sus caricias y sus besos.

Me vestí y me sumergí en un baño tibio, que tía Elsa acababa de prepararme.

Pensé en las consecuencias de mi aventura nocturna. Yo no había tomado ninguna clase de precauciones, desbordada por la frenética pasión que Varislak había desencadenado en mí.

Me sentí alarmada. ¿Qué explicaciones podría dar a tía Elsa, al celoso y absorbente Jack Morris si… quedaba embarazada?

A medida que el agua tibia y perfumada tonificaba mi piel y relajaba mis músculos, fui tranquilizándome paulatinamente.

A fin de cuentas, ningún sentimiento trascendente me ligaba ya a Jack, sino el firme deseo de terminar nuestra relación sin incidentes.

Por lo demás, yo era una mujer libre, progresista y sin prejuicios, muy capaz de hacer frente por mi misma a la posibilidad de tener un hijo.

No podía negar que aún persistía en mí un recuerdo nostálgico de Serge Varislak.

¿Quién era Serge, en realidad?

No sabía nada de él, a excepción de su nombre… que también podía ser ficticio.

Imaginé, de improviso, que podía tratarse de un espía, a favor de los rusos.

Pero deseché inmediatamente tal posibilidad. ¿Para qué iba a necesitar un espía la amistad de una doctora en Biología y Genética? Por otra parte, el resultado de nuestras investigaciones se hacía público regularmente, en una revista científica.

Cuanto más pensaba en Serge, más densa me parecía la atmósfera de misterio que rodeaba a aquel atractivo individuo.

Desayuné y salí de casa, camino del centro de la ciudad, donde atiendo durante tres horas mi consulta de medicina genética

Mis clientes suelen ser, principalmente, matrimonios estériles, mujeres frígidas, personas que desean someterse a análisis sanguíneos, etcétera.

Durante toda la mañana, el recuerdo de Serge me obsesionó.

Continuamente, me preguntaba a qué había venido a Estados Unidos, cuál era su verdadera profesión, la posibilidad de que estuviera casado en su lejano país, y otras mil preguntas que, naturalmente, no tenían respuesta.

De una cosa estaba segura: ansiaba volver a verle.

Durante muchos días, estuve esperando verle aparecer. Pero pasarían algunas fechas antes de que tal cosa fuera posible.

* * *

¿Qué le había ocurrido al gran Koorax, al hombre en quien el *pta* Tallab había depositado toda su confianza…?

Me sentía trastornado, eso era todo.

Mi primer contacto con una mujer de la Tierra había conseguido desquiciarme, incluso alterar mi equilibrio emocional.

Eva Harlow había causado un enorme efecto en mí. Tan profundo, que su deliciosa imagen aparecía continuamente en mi recuerdo.

La añoraba.

Sin embargo, mi deber era mantenerme al margen de sentimientos

que pudieran poner en peligro la misión que me había traído a la Tierra.

Sin embargo, a pesar de mi perturbación sentimental, cuando abandoné el hotelito de La Jolla, me sentía mucho más seguro de mí mismo, al meno? en lo que se refería a mis relaciones con los humanos.

Por otra parte, la suerte me había acompañado hasta ahora, al ponerme en contacto nada menos que con una doctora en Biología y Genética

Vagué de un lado a otro hasta la hora de apertura de las tiendas, negocios y organismos de San Diego.

En la calle, los viandantes me seguían con la vista, dominados por la más intensa curiosidad.

Hube de preguntar a varias personas, antes de llegar al lugar que me interesaba: le Hemeroteca Municipal de San Diego.

Afortunadamente, la entrada era gratuita porque... yo no disponía de dinero; aquellas monedas y billetes por los cuales los terrestres demostraban un interés tan exagerado.

Consulté el anuario médico del Estado de California, y encontré la reseña acerca de Eva Harlow.

Nacida en Los Angeles, en 1951, Eva se había graduado en Berkeley y Harvard y doctorado en una importante universidad alemana. El anuario registraba el hecho de que Eva Harlow era la mujer que había conseguido el doctorado en Biología y Genética a más temprana edad, veintitrés años.

Leí con interés su tesis doctoral y el resultado de sus avanzadísimas investigaciones sobre esterilidad masculina y femenina, y estudios genéticos.

Me sentí más satisfecho, puesto que acababa de comprender que tendría que volver a ponerme en contacto con la doctora Harlow, sin faltar por ello a mi estricto deber.

Siguiendo el plan que había esbozado a bordo de nuestra *roodner*, tendría que buscarme un empleo, único medio de subsistencia en la sociedad terrestre para aquellos que no poseen fortuna.

Las siguientes horas de la mañana las empleé en averiguar algunas cosas interesantes, como, por ejemplo: Cómo podría falsificar un título

de ingeniero en Electrónica.

Yo había comprobado ya que la ciencia electrónica se encontraba en un nivel elemental en la Tierra. Y decidí que yo podría ganarme la vida, durante nuestra estancia en el planeta, trabajando como ingeniero electrónico.

Decidido a falsificar un título, dirigí mis pasos a la costa.

Era muy penoso para mí trasladarme de un lugar a otro a pie. La mayor gravedad de la Tierra volvía mi andar pesado y muy lento, incluso fatigoso.

Pero no podía utilizar los medios de transporte comunes… sin un céntimo en el bolsillo.

Hacia las tres de la tarde, descendí por un acantilado hasta la orilla del mar.

Busqué la cueva donde había ocultado mi equipo de respiración autónoma, me despojé de las ropas que había robado en una caseta el día anterior y, después de ajustarme el equipo, me lancé al agua.

A una milla de la costa, me zambullí y descendí a cuarenta metros de profundidad.

Telepáticamente lancé mi llamada, una vez mis dedos tocaron la superficie metálica de la gran *roodner*.

—Soy Koorax —articularon mis impulsos cerebrales—. Abrid.

Las sombras alargadas de los tiburones pululaban, veloces, alrededor de la astronave.

Uno de ellos, más audaz —o más hambriento— se lanzó como un proyectil hacia mí.

Por un momento, el miedo se apoderó de mí: desde dentro habían desconectado la fuerza magnética que protegía la *roodner* para permitir mi aproximación … *pero también el tiburón podría llegar hasta la astronave y hasta mí*.

El potente embite del escualo me proyectó contra el durísimo metal. Su piel, áspera como la lija, arañó mi brazo izquierdo.

El intenso dolor estuvo a punto de provocarme el desvanecimiento. Pero en aquel instante, una sección se abrió en el metal, y el brazo de Oothan me aferró por los cabellos y me puso a

salvo.

Unos minutos después, me encontraba en la cámara de control, rodeado por mis compañeros.

Me habían mantenido treinta segundos en la cámara de esterilización para evitar que el rasponazo de mi brazo pudiera infectarse. De todas formas, era una precaución que habíamos decidido adoptar regularmente, a partir del momento en que abandonásemos la astronave, puesto que nosotros no conocíamos aún el efecto que las bacterias terrestres podían tener sobre nuestros organismos, ya que en Llaach no existen microorganismos perjudiciales.

Noté que Wooa, Ptee, Wazoo, Xital y Oothan me contemplaban, estupefactos.

—¿Qué ocurre, por qué esas expresiones curiosas? —pregunté.

Cambiaron miradas entre sí. Finalmente, fue Wooa la que respondió:

—Yo diría que... tienes un aspecto distinto, Koorax. Como... como si se hubiera operado un gran cambio en ti. Pareces... más alegre —dijo, turbada.

Era curioso.

Yo, que creía estar enamorado de la pequeña Wooa, no experimentaba ya ningún sentimiento amoroso hacia ella.

Desde luego, sentía una gran simpatía hacia Wooa, por su juventud, su delicado aspecto y también por su fidelidad, a toda prueba.

Pero de amor, de excitación, nada.

—¿Más alegre? —exclamé, confuso—. Es posible. Mi primer contacto con los terrestres no ha podido ser más positivo. Escuchad...

Conté todo lo que me había ocurrido, desde que pusiera pie en la playa, sin omitir que había pasado la noche con la doctora Harlow, puesto que la educación llaachita no admite la mentira.

El rostro de Wooa se nubló, oyéndome. Y comprendí que la más joven de los tripulantes de nuestra *roodner* se sentía herida en sus sentimientos.

Sentí piedad por ella, pero una cosa era evidente: yo no amaba a Wooa.

—He llegado a una conclusión —expliqué—: los terrestres nos admitirán si nuestra conducta y nuestro aspecto es similar al de ellos. Pero en cuanto descubrieran que no pertenecemos a su raza, que somos distintos y extraños… temo que nos aniquilarían sin piedad.

Me contemplaron en silencio.

¿Tendrían el valor de abandonar la *roodner*, aquel entorno de seguridad, de invulnerabilidad…?

CAPITULO VII

Jack me había hecho una escena horrible, a mediodía.

En realidad, todavía no me explico cómo llegó a contener el ansia de golpearme, que se reflejaba en sus facciones crispadas.

La disputa había surgido cuando yo me negué a acompañarle a México, el próximo fin de semana.

Jack había estrenado un yate de doce metros de eslora. Presuntuoso como pocos, había invitado a un pequeño crucero de placer a varios de sus amigos y amigas.

Se trataba de partir de San Diego el viernes por la mañana, bordear la costa, tocando en Tijuana y Ensenada el golfo de California, para emprender el retorno el domingo a mediodía.

Yo conocía a Jack, y sabía que tiraría la casa por la ventana para celebrar la compra de su nuevo yate.

Habría música y diversión a bordo, abundaría el whisky y todos terminaríamos borrachos como cubas, según el modelo de otras expediciones similares.

A veces, estos viajes se convertían en auténticas orgías, donde unos y otros solían permitirse toda clase de licencias, como sortear las llaves de los camarotes de las señoras..., etcétera.

—Vendrán Harold y Mónica Sturgis, también. Ya sabes que Sturgis es agente encargado de la sección federal Anti-Narcóticos. Es un personaje muy influyente, y me interesa su amistad —invocó Jack.

La razón por la cual estaba tan interesado en la amistad de un agente federal, no pude yo entenderla, en aquellos instantes.

Sin embargo, estaba firmemente decidida a no ceder a los deseos de Morris. Y se lo dije, aunque para ello me viera obligada a encubrir la verdad.

—Tendrás que prescindir de mi, Jack. No me siento bien. Dedicaré el fin de semana a descansar en casa.

El me dirigió una mirada recelosa.

—Tienes un aspecto espléndido. ¿No me estarás ocultando algo?

—exclamó.

—Jack, soy mayor de edad, libre e independiente. Te ruego me disculpes, eso es todo —respondí con firmeza.

Fue entonces cuando se lanzó a un ataque verbal duro, hiriente e inesperado:

—Me estás engañando, Eva. El sargento Wilson y yo coincidimos anoche en el Balboa Club. Wilson estaba un poco bebido, y me habló de un tal Varislak, un extranjero alto y atractivo, que se prestó a protegerte *noblemente* del ataque de unos gamberros. No me extrañaría que tú le hubieras demostrado posteriormente tu agradecimiento, en forma muy íntima.

Enrojecí violentamente.

—Tengo derecho a relacionarme con quien me apetezca, pero no tengo la obligación de darte cuenta de mis actos. Espero que lo comprendas, de una vez por todas, Jack —respondí con toda claridad.

Le tembló epilépticamente la mandíbula inferior, y sus enormes puños se cerraron con fuerza.

Sé que tuvo que realizar un gran esfuerzo para no golpearme, pero finalmente logró contenerse.

—Te equivocas —barbotó, colérico—. Te equivocas, Eva. Tengo sobre ti el derecho que me da el haberme enamorado. Te quiero, tú lo sabes. Y no voy a renunciar a ti fácilmente.

—Para que la relación amorosa sea completa, debe partir de un sentimiento recíproco, Jack. No te pertenezco por el solo hecho de que estés enamorado de mí —dejé claramente sentado.

Súbitamente, Morris cambió de actitud.

Cariñosamente, tomó mis manos y las besó.

—Pero tú me amas, estoy seguro de ello —murmuró, ferviente.

Me dolía desengañarle de forma tajante y brusca, y opté por no responder.

Jack volvió a la carga en seguida:

—Será un maravilloso viaje de placer, Eva. No te arrepentirás, si decides venir…

—Lo siento, Jack. Ya te dije que no me siento bien. Tal vez en fecha próxima…

Se marchó sin despedirse, con su habitual brusquedad de niño mimado y prepotente, que no admite que alguien pueda oponerse a sus caprichos.

Desde luego, yo le había mentido en cuanto a mi estado de salud, pues la verdad era que nunca me había sentido mejor.

Lo cierto era que yo deseaba disponer de mi tiempo para mí, con la remota esperanza de volver a encontrarme con Serge Varislak.

¿Qué misterioso hechizo había tenido lugar en mi…? Desde la noche en que Serge apareciera como un hado benéfico en mi auxilio, me sentía obsesionada, ansiosa por volver a verle.

El fin de semana transcurrió de forma lenta y monótona.

Pero el lunes por la tarde, surgió la sorpresa.

Acababa de llegar al centro de investigaciones genéticas, cuando el director, míster Simpson, en envió su llamada a través del interfono.

—¿Puede venir a mi despacho, Eva? Me gustaría presentarle a nuestro nuevo ingeniero de mantenimiento.

—¿Ingeniero de mantenimiento? —inquirí, extrañada.

—Ya sabe que el Instituto ha sido dotado recientemente con varios aparatos electrónicos de análisis, de enorme valor. Hemos decidido contratar a un ingeniero en Eléctronica, que se encargará, a partir de ahora, de las averías y el mantenimiento. El está aquí. ¿Quiere conocerlo?

—Voy para allá —prometí.

Cambié mis vestidos por la bata de laboratorio, y me dirigí al despacho.

Entré y vi de espaldas a un individuo de elevada estatura, caballos rojos y anchísimos hombros, que vestía, de forma un tanto desgarbada, un traje veraniego bien cortado.

Se volvió al oír el rumor de mis pisadas y… el corazón me dio un vuelco.

¡Era él, Serge Varislak…!

Mi gesto de sorpresa hubo de ser suficientemente expresivo, puesto que míster Simpson exclamó:

—¿Se conocían?

Carraspeé levemente para aclarar mi voz. Serge me contemplaba con desmedida ansiedad.

—Sí —confesé—. El señor Varislak fue muy amable conmigo... hace algo más de una semana.

—Lo celebro —aprobó Simpson—. De esa forma, nuestro nuevo ingeniero de mantenimiento se sentirá más a gusto en este centro.

Tendí mi mano a Serge, y experimenté un estremecimiento de placer cuando él la estrechó con calor y suavidad.

Charlamos durante unos minutos con el director, y luego salimos.

Yo contemplaba a Serge, sin disimular mi asombro.

Y al cabo, prorrumpí en una carcajada alegre.

— ¡Y pensar que yo había imaginado que eras un pobre marinero...! —exclamé, íntimamente satisfecha.

Serge me miró. Parecía muy turbado.

—Tampoco yo podía sospechar que Eva Harlow fuese una famosa investigadora, en cuestiones genéticas —respondió con su exótico y atractivo acento extranjero.

Siguiendo las instrucciones de Simpson, le guié a través de los pasillos del gran edificio para mostrarle todas las dependencias y aparatos.

Fui presentándole sucesivamente a todos mis colegas, pero Serge no parecía demostrar mucho interés por otra persona que no fuera yo misma.

Me miraba sin pestañear a través de sus ojos rojizos, tan atrayentes. Y cuando penetramos en el laboratorio donde realizaba mi trabajo, me abrazó y besó fogosamente.

Fueron unos instantes de divina locura. Pero luego Serge comenzó a mostrarse más y más audaz, y tuve que refrenarle.

—Es imposible... aquí, Serge —murmuré, estremecida.

Me soltó.

Se sentía tan extrañado y confuso como un niño al que su madre le reprende, cuando trata de paladear un helado, durante un oficio religioso.

A cada momento, Serge me parecía más misterioso, distinto.

Parecía un tipo ingenuo, inexperto... Pero era un doctor en Electrónica, y había obtenido un excelente empleo en un centro tan importante como el Instituto de Investigaciones Genéticas... donde tan difícil resulta ingresar.

Serge me dijo que su horario de trabajo terminaba a las ocho de la tarde.

No es necesario justificar, en modo alguno, que yo había terminado mi trabajo a las ocho menos cuarto.

A esa hora me encontraba ya en el interior de mi "Maserati", aguardando con ansia ver aparecer a Serge.

Llegó, al fin. Descendía lentamente los peldaños que llevaban a la zona de aparcamiento, cuando le llamé:

—¡Serge...!

Vino hacia mí, sin forzar el paso, le abrí la portezuela de la derecha y se acomodó —precariamente, debido a su estatura— en el asiento próximo al mío.

Le besé. De forma sencilla y espontánea.

Y dije:

—Te quiero, Serge.

—Te quierrrro, Eva —murmuró él, con voz ronca.

Dejé escapar una risa cantarina, cuando nos separamos.

Arranqué el motor, metí una velocidad, y conduje despacio hacia la salida.

Un semáforo próximo nos hacía un guiño ambar, de complicidad. La avenida estaba desierta, y solté el acelerador.

Había visto un gran "Lincoln" estacionado a la derecha, pero no le di la menor importancia.

Pero cuando mi "Maserati" alcanzó el eje de la calzada, aquel automóvil gris arrancó bruscamente como un bisonte enfurecido, elevando tufaradas de humo azulado de sus neumáticos, y se precipitó contra nosotros.

El "Lincoln" golpeó de forma brutal contra mi "Maserati", lateralmente. Noté que nos elevábamos en el aire y que nos agitábamos dentro del coche como los licores en la coctelera, agitada por un barman esquizofrénico.

Milagrosamente, mi coche se detuvo al chocar sin violencia contra el tronco de un árbol... a pocos centímetros de una caída vertical de unos dieciocho metros, sobre el jardín inferior que rodeaba el centro de investigaciones genéticas.

Mi "Maserati" quedó balanceándose sobre su arrugado techo, con las ruedas girando al aire.

Oí un estridente chirrido de neumáticos y, aunque me encontraba en difícil posición dentro del coche, giré el cuello y miré.

El hombre que acababa de embestirnos huía, ya a bordo del "Lincoln".

Era Jack Morris.

CAPITULO VIII

Una tempestad de sentimientos furiosos se desbordó dentro de mi corazón. Jack nos había estado espiando, no cabía duda.

Y cuando vio que Serge y yo nos abrazábamos en el interior de mi coche, el rencor y los celos debieron estallar fulgurantemente dentro de su pecho.

Había intentado asesinarnos, eso era lo que contaba.

Oí los gritos de algunas personas, testigos accidentales del incidente. Dos hombres, más decididos, corrían hacia el borde del seto donde se había detenido mi coche.

Unas manos callosas y firmes tiraron de la portezuela, la abrieron y me asieron por brazos y hombros.

Me vi en pie, indemne.

Me dolía todo el cuerpo, pero, aparte unos cuantos arañazos en manos y rostro, el accidente no había tenido mayores consecuencias para mi integridad personal.

Permanecía atontada entre los brazos de aquellos hombres, cuando oí aquella exclamación:

—¡Hay un hombre! ¡Está malherido...!

Conseguí liberarme de las manos de las personas que me sujetaban, rodeé el coche y me reuní con los dos individuos que intentaban extraer a Serge Varislak del interior del estilizado "Maserati".

Tomé uno de sus brazos y... grité estridentemente, al comprobar que estaba roto, por el cúbito y el radio.

Lo sacaron, al fin.

Y volví a gritar al ver su rostro ensangrentado y una de sus piernas torcida, posiblemente fracturada a la altura de la rodilla.

Por un momento, creí volverme loca de miedo y de dolor.

Luego conseguí imponerme a mí misma, y corrí hasta la calzada para detener al primer automóvil que cruzó.

—¡Por favor, por favor! —gemí—, ¡Hay un hombre gravemente herido! ¡Ayúdeme, por caridad!

Entre cuatro hombres trajeron a Serge, y lo depositaron con cuidado sobre el asiento trasero del coche.

Aquel hombre —un gruñón agente de seguros— nos trasladó al County Hospital, y los enfermeros y médicos se hicieron cargo del cuerpo de Serge Varislak.

No pude volver a verle hasta dos horas después.

Habían vendado su cabeza y escayolado su brazo derecho y su pierna izquierda. Permanecía, inmóvil, sin sentido, pero su respiración era rítmica y profunda.

—Se pondrá bien, doctora Harlow —me dijo un médico—, Cierto que tenemos una fractura de pierna por la rodilla y una grave rotura del cúbito y el radio, aparte de la conmoción cerebral. Pero...

Lloré, sin poder evitarlo.

Y recordé a Jack Morris, responsable de aquel atentado criminal.

En el County Hospital, trataron de retenerme, de someterme a observación.

Por fortuna, logré convencerles de que me encontraba fuera de peligro. Permití que desinfectaran con agua oxigenada mis leves rasguños, hice una llamada a tía Elsa, y me entrevisté con dos de los caballeros que habían venido con nosotros hasta el hospital.

Ambos eran testigos presenciales del suceso, y se declararon dispuestos a prestar su testimonio en tal sentido, por lo cual tomé sus nombres y direcciones, y abandoné el hospital.

A las nueve me encontraba en comisaría.

El comisario Farckland me escuchó, sin interrumpirme, durante diez minutos.

—¿Está segura de que se trataba del señor Morris, doctora? —preguntó, cuando terminé de exponer mi denuncia.

—Absolutamente segura, comisario —respondí, con firmeza—. No hay duda de que intentó asesinarnos.

Farckland encendió un cigarrillo y me observó fijamente.

—Es extraño. No trato de inmiscuirme en asuntos ajenos, doctora Harlow, pero muchas personas saben en San Diego que usted y el señor Morris mantenían una estrecha amistad, hasta hace poco —comentó.

—Ya le he explicado, antes, cuanto había que explicar, comisario. ¿Piensa proceder en consecuencia o...?

—Iniciaré una investigación ahora mismo, doctora Harlow —pronunció Farckland, súbitamente grave y serio.

Salí de la comisaría, volví a llamar a tía Elsa para tranquilizarla por mi ausencia, y tomé un taxi con dirección al County Hospital.

Soy una mujer de un carácter comprensivo y afable, aunque el atentado de que acabábamos de ser víctimas, poco antes, había terminado con mi paciencia y mi mansedumbre, desatando el furor y la justa cólera que todos llevamos grabados en nuestra personalidad.

Sin embargo, por encima de todo ello estaba mi inquietud por el estado de Serge Varislak.

— ¡Dios mío, podría quedar inválido para el resto de sus días...! —temía en mi interior, aunque el médico me hubiera dado ciertas seguridades.

Llegué al hospital cerca de las diez de la noche, en el estado de ánimo que puede imaginarse.

Sin embargo, no habían terminado las sorpresas y los sinsabores por aquel día.

Comencé a adivinarlo al ver el extraño gesto con que me recibió la enfermera del vestíbulo.

—No puede pasar, doctora Harlow —me previno con voz seca.

—Voy a visitar a Serge Varislak, en la planta segunda —dije, imaginando que no conocía el motivo de mi visita.

—A pesar de ello —la joven me obstruía el paso inflexiblemente—. Temo que no haya muy buenas noticias para usted.

El corazón me dio un vuelco dentro del pecho.

—¿Ha... ha muerto? —pregunté con un hilo de voz.

—No se trata de eso, doctora.

—¿Entonces...?

—El señor Varislak ha... escapado —declaró.

Fui a decir algo, pero me atraganté.

Por fortuna, poseo capacidad suficiente de autocontrol para dominar mis más violentos accesos.

Respiré profundamente, conté hasta treinta, reflexioné brevemente y le pregunté a la enfermera si podía entrevistarme con el médico de guardia en la planta segunda.

Lo conseguí.

Cinco minutos después, me encontraba en el despacho del doctor McMinth, un hombre joven y pálido, con los nervios a flor de piel.

—Nadie puede explicárselo, doctora Harlow. Pero es cierto lo que le dijo la enfermera Douglas: Serge Varislak se ha fugado.

Me puse en pie, de un brinco.

—¿Con una pierna rota por la rodilla, un brazo fracturado y... una intensa conmoción cerebral? — pregunté, incrédula.

—He hablado con el doctor Silver, el traumatólogo que atendió al señor Varislak. A él también le parece imposible. Pero tenemos que rendirnos a la evidencia. El enfermo abrió la ventana, se deslizó por una balaustrada hasta el suelo, y huyó —declaró McMinth.

—¿Está... está seguro de que no le han secuestrado? —pregunté, aterrada.

Naturalmente, yo comenzaba a sospechar que Jack Morris pudiera tener algo que ver en la segunda parte de aquel turbio asunto.

—No puedo afirmarlo de forma tajante —admitió el médico—, pero tenga en cuenta que había un enfermero de guardia a su puerta, y que éste afirma que, siguiendo las órdenes del doctor Silver, no permitió a nadie la entrada a la habitación 112. El enfermero es Don McDowell, de cuarenta y cinco años, persona de absoluta confianza en este centro. Por otra parte, nadie podía abrir la ventana de la habitación del señor Varislak desde fuera... sin romper los cristales. Todo lo cual...

—Pero, doctor —protesté, impaciente—, Serge estaba sin conocimiento, cuando le dejé. Era incapaz de moverse, un auténtico

inválido, aunque temporal, ¿no lo comprende?

McMinth se agitó, muy inquieto, en su asiento.

—Yo mismo me he hecho todas esas preguntas. Y como no encontraba respuesta convincente, he dado parte a la policía. Espero que ellos sepan resolver este caso. Siento no poder decirle otra cosa.

Me acompañó hasta el pasillo, tan nervioso y descentrado como yo misma.

En la calle, me pregunté qué podía hacer...

Locas ideas se atropellaban y amontonaban en mi ofuscada mente.

"Ha sido Jack. Ha secuestrado a Serge para matarle. Los celos le han cegado", imaginaba.

Pedí un taxi, y me dirigí a la lujosa residencia que Jack Morris poseía en las proximidades del Pueblo Español.

Dos salvajes *dobermans* acudieron a la verja, lanzando broncos gruñidos, cuando presioné el timbre.

La villa, por otra parte, parecía solitaria, inhabitada, y todo permanecía a oscuras.

Hice una llamada telefónica desde un bar próximo, pero nadie tomó el teléfono, lo que me convenció de que Jack no estaba allí.

Decidí volver a casa hasta recobrar la calma. Quizá, con la ayuda de tía Elsa, conseguiría poner en orden mis ideas.

Cuando descendí del taxi, en La Jolla, ante mi hotelito destellaba la luz ámbar de un coche-patrulla.

Un agente vino rápidamente a mi encuentro.

—¿Doctora Eva Harlow?

—Soy yo. ¿Qué ocurre? —pregunté, íntimamente alarmada.

—Se trata de su denuncia, doctora. El comisario Farckland le ruega se presente en comisaría para una comprobación. Si lo prefiere, la llevaremos nosotros mismos —se ofreció el agente.

Accedí, sin pensarlo mucho, porque me sentía sumamente intrigada.

Pocos minutos después, estábamos en la comisaría. Uno de los

policías me precedió hasta el despacho de Farckland.

—Entre —me invitó, abriendo la puerta.

Pasé.

Junto a la mesa del comisario, estaban sentados dos caballeros.

Uno de ellos era Edward Joyce, uno de los mejores abogados de San Diego, a quien recordaba de alguna remota fiesta de sociedad.

El otro era Jack Morris.

Todos se pusieron en pie al verme entrar, muy correctos y formales.

Farkland fue rápidamente al grano.

—He mandado venir al señor Morris, que se ha hecho acompañar por su abogado, el señor Joyce —dijo. Y agregó—: Mucho me temo que su denuncia haya sido un paso precipitado, doctora Harlow.

Jack, que permanecía en pie, trató de acercarse a mí. Tenía una curiosa expresión en sus duras facciones: un gesto entre compasivo y suplicante.

—Eva, por amor de Dios, ¿cómo has podido llevar las cosas hasta este límite? —casi gimió.

Era un tremendo cínico, pero un detestable actor.

La verdad es que ni siquiera le dediqué una mirada. Y me enfrenté con Farckland.

—¿A qué se refiere, comisario?

—A su denuncia, por supuesto. Todo se debió a una lamentable coincidencia, según ha declarado el señor Morris, y yo mismo he podido comprobar.

—Explíquese —exigió, atónita.

—Jack Morris estaba aguardándola, en el exterior del centro de investigaciones genéticas. Al ver salir súbitamente su "Maserati", arrancó. Pero una avispa le picó en el cuello, y el señor Morris perdió el control de su coche. Es fácil imaginar que, al experimentar el vivísimo dolor, apretara inconscientemente el acelerador, con lo cual su coche fue a chocar violentamente contra su "Maserati". Por supuesto, no hubo por parte de Morris la menor intención de causar

daño, ni a usted ni a su acompañante —relató Farckland.

—Perfecto —repliqué, rabiosa—. Si es así, ¿por qué huyó, entonces?

Jack se volvió hacia mi, compungido.

—No huí, Eva. En realidad, mi coche derrapó, giró y siguió marchando por sí mismo, mientras me frotaba furiosamente el cuello —explicó Morris. Y mostró un círculo rojo a la altura de la yugular—, ¿Cómo puedes imaginar que iba a negarme a prestarte auxilio..., si sabes que te amo?

Jack retiró los dedos de su cuello. Y vi perfectamente que las yemas de sus dedos estaban manchadas... de mercromina.

—Ya ve cómo están las cosas, doctora Harlow. En su caso, yo retiraría la denuncia —intervino el abogado—, En verdad, todo se debió a un lamentable accidente. Por supuesto, el señor Morris correrá con los gastos del hospital y de la reparación de su automóvil.

Di un paso atrás.

—No pienso retirar la denuncia —dije con los clientes firmemente apretados.

—¿Por qué no? --quiso saber Farckland. Y añadió—: Acabo de saber que Serge Varislak se ha fugado del hospital... lo que me induce a creer que sus lesiones no eran muy graves. Recapacite, doctora: con todas las pruebas del caso que obran en mi poder, no conseguirá otra cosa que quedar en ridículo. Lo más sensato sería retirar la denuncia.

Yo también comenzaba a pensar que la proposición de aquellos individuos era lo más razonable.

Por desgracia, soy demasiado testaruda.

Y me negué.

—No la retiraré —dije.

Y bruscamente, me volví hacia Jack Morris.

—¿No es cierto que dispones de cinco elegantes y potentes automóviles, querido Jack? —disparé.

Cogido de sorpresa —siempre presuntuoso—, Morris se apresuró a responder:

—Desde luego. Siempre he...

—En tal caso, ¿quieres decirme por qué tuviste que utilizar esta tarde un coche alquilado en Collins Rent A Cart? — pregunté.

Dirigí una insolente mirada desafiante a Farckland, y abandoné la estancia, dando un portazo.

Aquella misma noche me puse en contacto con Alex Coleman, mi abogado.

A pesar de que me sentía alarmada por la ausencia de Serge, pensaba seguir adelante con mi denuncia contra Morris.

CAPITULO IX

A las cuatro y media de la tarde del día siguiente, penetré en el despacho de míster Simpson, el director del centro de investigaciones genéticas.

—Siento no traerle buenas noticias, señor —dije—. Serge Varislak...

—Creo que fue una excelente adquisición. Apenas lleva dos días con nosotros, y todos los aparatos averiados funcionan perfectamente. Varislak es todo un experto —me interrumpió.

—No, no, señor —traté de aclarar—. Varislak no lleva dos días con nosotros. Fue ayer por la tarde cuando...

—Serge está en la sección de autoclaves, doctora. ¿Quiere comprobar por sí misma que nuestro ingeniero cumple hoy su segundo día de trabajo en este centro? —exclamó Simpson, burlón.

Me despedí con torpes palabras, y salí al pasillo.

En una loca carrera, que acercó el corazón a mi boca, me planté ante la ancha puerta de la sección de autoclaves.

Permanecí allí unos segundos, vacilante.

—¡Dios mío! —murmuré—, ¿Pueden realizarse milagros... cada día?

Temía empujar aquella puerta, y encontrar la gran estancia vacía.

Pero finalmente la abrí con ímpetu...

¡Y allí estaba Serge, inclinado sobre el enorme autoclave electrónico!

Se irguió con la pesadez de un gigante, al verme en la puerta. Y vino hacia a mí.

Yo corrí locamente hacia él, y le abracé.

Nos besamos.

Y no necesité hacer preguntas. Sus besos significaban vitalidad, salud a raudales.

Pero ¿cómo era posible?

El hombre al que yo había visto roto y ensangrentado, con dos extremidades fracturadas, estaba ahora ante mí, sustentado fácilmente sobre sus dos piernas y abrazándome con fuerza con sus dos robustos y largos brazos.

En su rostro, levemente bronceado, no había el menor rastro de lesiones.

Nada, ni un leve rasguño.

Recelosa, hurgué entre sus duros cabellos rojos, buscando una cicatriz en el cuero cabelludo.

Pero todo fue inútil. No encontré nada, bajo su poblada mata de cabellos.

Serge debió comprender mi inquietud y mi sorpresa, porque se separó de mí y dijo:

—Te lo explicaré todo cuando nos reunamos, fuera al final de la jornada.

Nos separamos, poco después.

Sin embargo, no avancé mucho en mi trabajo, aquella tarde.

La obsesión me impedía concentrar mis sentidos en la labor que tenía ante mí.

La pregunta estaba en el aire, martilleándome constantemente.

¿Cómo era posible que Serge hubiera sanado en menos de veinticuatro horas...?

* * *

—Es broma, ¿verdad? —exclamé.

No podía creer que fuera verdad; mi mente no estaba aún preparada para comprender ciertas cosas.

—Lo conseguía mediante un regenerador de células, un aparato electrónico, capaz de sanar cualquier lesión, en ciento veinte minutos —insistió Serge.

No se burlaba de mí: hablaba en serio.

—Pero eso es imposible —murmuré.

¿Imposible?

Yo había visto a Varislak herido, roto, ensangrentado. Y ahora aparecía completamente sano. ¿No era aquélla la prueba?

Me froté las sienes, angustiada. Debía hacer un esfuerzo por comprender.

Serge acababa de revelarme que él no era terrestre, que no pertenecía al planeta Tierra.

—¿Tienes un equipo de buceo? —preguntó Serge, de improviso.

—Sí. ¿Para qué...?

—Vamos a dar un paseo —afirmó—. Iremos, antes, a recoger tu equipo.

Al anochecer, estábamos en la playa. Siempre he experimentado una profunda atracción por los baños de luna, completamente desnuda, en alguna playa solitaria, pero las aguas del mar, oscuras y misteriosas, me aterraban. Por nada del mundo me introduciría en el mar, después del anochecer.

Pero Serge insistía: hablaba de su astronave, de la enorme *roodner*, posada sobre el fondo marino.

—Confía en mí. No te ocurrirá nada desagradable --susurró él.

Me desnudé, y me puse el ceñido traje de caucho.

—¿Y tú? —me castañeteaban los dientes, a pesar de la suave temperatura.

—No lo necesito. Puedo bucear, sin equipo —respondió.

Estaba muerta de miedo, pero... confiaba ciegamente en él.

Serge dejó su ropa en la playa, me tomó de !a mano y me arrastró hacia el mar. Abrí la válvula de oxígeno, y nos sumergimos.

La visión era tenue bajo las aguas, pero cuando comenzamos a descender, la luz se fue haciendo más débil, hasta extinguirse casi por completo.

Abajo, en las profundidades, brillaba un resplandor azulado, potente.

Mis ojos contemplaron, fascinados, el colosal contorno aerodinámico de la astronave. ¡Serge había dicho la verdad…

La *roodner* no se asemejaba en nada a ninguno de los ingenios voladores terrestres, era evidente.

Su superficie parecía metálica, pero no descubrí en toda su extensión una sola protuberancia, ni un pequeño respiradero: era absolutamente lisa.

De las tenebrosas profundidades próximas brotaban formas oscuras, alargadas, que se deslizaban raudamente entre las aguas alrededor de la *roodner*, atraídos, sin duda, por aquella fosforescencia azulada.

A pesar de que Serge me llevaba de la mano, sentí una repugnancia inmensa, un frío y penetrante terror.

Pero él me soltó, y extendió sus manos hacia abajo. ¡Y los monstruos marinos que pululaban en la zona huyeron!

Descendimos hasta tocar la *roodner* con nuestras manos. Una sección se abrió de repente en el bruñido metal, y las aguas, penetrando impetuosamente por aquella abertura, nos arrastraron hacia el interior.

Oí un gorgoteo profundo, y el agua que llenaba el compartimento donde nos encontrábamos Serge y yo fue rápidamente expulsada al exterior, y reemplazada por aire respirable.

Serge me libró del visor y el balón de oxígeno.

—¿Cómo, cómo has podido resistir sin respirar durante cinco minutos? —pregunté, desconcertada—, ¿Qué has hecho para permitirnos la entrada?

—El aire de vuestra atmósfera es más rico en oxígeno que el de mi planeta. Puedo aguantar diez minutos o más, con sólo hinchar mis pulmones. En cuanto a la entrada, acabo de comunicarme telepáticamente con mi segundo oficial, Wazoo, y le he ordenado que desconectase la zona de repulsión electromagnética, y nos permitiese entrar.

¡Telepatía, oxígeno enriquecido…!

El metal se dividió en dos, y vi un gran pasillo cilíndrico. Serge me tomó por un brazo, y me arrastró en pos de él.

Una fuerza desconocida nos absorbió y nos transportó en sentido vertical.

De repente, me encontré en aquella estancia circular, dotaba de extraños aparatos y docenas de visores, en los cuales se reflejaba el exterior de la *roodner*, sus pasillos cilíndricos, la playa e… incluso un programa de la televisión californiana.

Cinco personas formaban un semicírculo alrededor de nosotros. Sus estaturas y aspecto general eran muy semejantes a los de Serge Varislak. Vestían unos extraños atuendos semitransparentes, que se ceñían a sus armónicos cuerpos como una segunda piel.

—Es la doctora Eva Harlow —pronunció Serge, en mi idioma—. Ellos son Wazoo, mi segundo, Wooa, operadora de telecomunicaciones, Oothan, el ingeniero de mantenimiento, y Xital, intendente de a bordo y psicólogo… ¿Dónde está Ptee?

Los ojos de Wazoo destellaron, pero de sus labios no brotó ninguna palabra. Durante unos segundos, tanto Serge como Wazoo permanecieron en la misma actitud.

Súbitamente, lo comprendí: estaban comunicándose telepáticamente.

—¿Qué… que ocurre? —susurré, apretando la mano izquierda de Serge.

—Nada importante… —respondió—. Ptee, nuestra ingeniero astrofísico, ha salido al exterior. Supongo que podrá volver por sus propios medios… Sin embargo, advertí a todos que nadie debía abandonar la *roodner* hasta que yo no retornara.

Miré con enorme curiosidad a aquellos seres. Ya no tenía ninguna duda: Serge y sus compañeros no procedían de la Tierra, sino de algún extraño y remoto planeta sideral.

No eran muy distintos de mí misma. Existían idénticas diferencias entre Wazoo, Cothan, Serge, Wooa y Xital que las que las que pudieran existir entre un hombre y una mujer terrestres.

Les unía a todos una nota común: la desarrollada capacidad cerebral, que se hacía patente en sus dilatadas frentes.

Wooa era la más pequeña. Sus cabellos eran rojos y fuertes, muy cortos, como los de sus camaradas masculinos.

Me miraba fijamente. Y terminó poniéndome nerviosa.

—¿Haber... le has hablado de... nuestro problema? —preguntó Wazoo, con gran ansiedad.

—No —respondió Serge—. Antes, es preciso que conozca los motivos que nos han traído hasta este distante planeta —se volvió hacia mí—. No es necesario que perdamos el tiempo explicándote de palabra cuanto necesitas saber, Eva. Tenemos una máquina, a la que nosotros llamamos "El Libro". Bastará que permanezcas treinta minutos en ella para que sepas tanto como nosotros acerca de mi raza y sus problemas. Estás temblando, ¿tienes miedo?

—No... Es decir, sí. Pero sé que tú no deseas nada malo para mí, Serge —respondí.

Wooa se volvió de espaldas violentamente, y se alejó hacia su puesto.

—¿Qué... qué le ocurre? —pregunté.

—Si me sigues, lo sabrás TODO —respondió Serge.

CAPITULO X

—¿Puedes hacerlo?

—Sí, Koorax —respondí, segura de mí misma.

—No perdamos tiempo, entonces. Volvamos a tierra. —decidió él.

Me sentía como la sacerdotisa de una antigua religión. O tal vez como la diosa, capaz de derramar la vida sobre el Universo.

Ahora comprendía la angustia del comandante Koorax —que se había hecho llamar Serge— en toda su extensión. Sobre mí había recaído la potestad de evitar la extinción de la civilización en el distante planeta Llaach que, para mí, después de la sesión instructiva en "El Libro", estaba al alcance de mi mano.

Alcanzamos la playa, a la una de la madrugada.

Koorax estaba preocupado, yo podía adivinarlo.

Le veía concentrado... porque estaba enviando continuos mensajes telepáticos a su compañera Ptee. Por desgracia, todas sus tentativas por comunicarse con Ptee habían resultado estériles.

Por mi parte, debo reconocer que me sentía obsesionada. Mi mente había visto asaltada, durante treinta minutos, por aquel aluvión de datos, que suponían toda una cultura de milenios.

Cuando Koorax me sacó de "El Libro", me dolía terriblemente la cabeza, e incluso me sentía mareada.

—No temas —dijo él, como si traspasase mi mente—. No te volverás loca.

No era que adivinase mis pensamientos, es que *él los conocía.*

Segura ya de ello, me sentí hondamente perturbada, incluso avergonzada.

—Estoy en desventaja —dije, ruborizada—. Yo no puedo penetrar en tu mente, pero tú...

Puso una mano sobre mi hombro, y acarició mis mejillas.

—No te oculto nada —afirmó—, "El Libro" te ha enseñado todo acerca de mí y de los míos.

—Wooa me odia —recordé, de repente.

—Ella... me ama. Pero yo te amo a ti. Esperemos que los sentimientos se atenúen en el corazón de Wooa —respondió.

Caminábamos lentamente sobre la playa. La luna, como un enorme disco enrojecido, estaba ya en la línea del horizonte, reflejándose sobre el mar, en calma.

Bruscamente, me detuve junto a la redonda roca, tras la cual habíamos dejado nuestras ropas.

—Han desaparecido —exclamó—, ¿Quién puede...?

Alcé los ojos, y vi la alta silueta de un hombre, erguido a unos diez metros de distancia sobre la arena dorada de la playa.

Era Jack Morris.

Me volví hacia Koorax, aterrada. Pero él no parecía participar de mi inquietud. De pie sobre la arena, con las piernas abiertas en compás, vestido con un exiguo slip elástico, semejaba un cíclope.

—¡Se trata de una broma grosera y estúpida! —grité a Jack, fortalecida por la presencia de Koorax—, ¡Devuélvenos nuestras ropas!

Pero Jack rió a carcajadas. Era evidente que estaba borracho: todavía tenía la botella en la mano izquierda.

—Este es mi último aviso —advirtió con voz estropajosa—. Deja a ese hombre, Eva. O lo mataré.

Con un ademán salvaje, estrelló la botella contra la roca próxima. Fragmentos y vidrio y chispitas de licor brotaron en todas direcciones.

Yo exhalé un gritito de pánico, y me protegí el rostro con las manos.

Cuando volví a mirar, sólo pude ver el "Cadillac" de Morris, que derrapaba sobre la arena, y se alejaba, en una carrera suicida.

—Ese hombre te ama, Eva —dijo Koorax

—Pero yo no le amo a él; no tengo la obligación de soportarle —protesté con vehemencia.

—¿Es así cómo los hombres imponen su amor a las mujeres, en la Tierra? —preguntó él, con suavidad.

—Sólo a veces —respondí, con amargura.

Avanzamos sobre la arena.

—¿Quieres que... me encargue de... disuadirle? —preguntó Koorax, embarazado. No es que sintiera miedo de Jack; era, sencillamente, que no tenía la violencia como norma.

Yo sabía que Koorax era capaz de matar a Jack sin apenas tocarlo, y denegué violentamente.

—¡No, no! Olvidémoslo —exclamé.

Por fortuna, mi coche estaba indemne. Nos acomodamos dentro de él, y abandonamos la playa.

Pero no dejaba de pensar en Jack y en su violenta actitud, de la playa. Su sombra parecía cernirse sobre mí, como un negro presagio.

Koorax me observaba en silencio, traspasaba mis más íntimos pensamientos, pero no hizo ningún comentario.

Durante el camino hacia La Jolla, no dejé de pensar un solo momento en Jack, y no es preciso aclarar que con temor.

Jack me vigilaba, era evidente. Y de paso, claro, controlaba también los movimientos de Koorax.

¿Qué iba a ocurrir si Jack hablaba con la policía a los servicios de inteligencia, y descubrían la *roodner* en el fondo del mar?

Yo sabía ya que Koorax podía desencadenar una hecatombe terrestre, con sólo enviar una orden a Wazoo, a bordo de la astronave.

—Tranquilízate, Eva. Yo lo arreglaré todo —susurró Koorax, a mi lado.

Sentí su fuerte brazo ciñendo con suavidad mi cuello. Y me sentí consolada y protegida.

* * *

Había realizado exhaustivos análisis, exámenes radioscópicos y una serie interminable de pruebas médicas.

Me sentía muy optimista, porque el tratamiento a que había sometido a Koorax comenzaba a dar sus frutos.

Era muy fácil: vitaminas y proteínas naturales, justo lo que faltaba

en la alimentación casi sintética de los habitantes de Llaach.

Koorax era un paciente ideal, que se sometía de buen grado a toda clase de experimentos y tratamientos terapéuticos.

Durante doce días, apenas abandonaba mi clínica del centro de la ciudad para trasladarme a La Jolla a descansar. Había solicitado un permiso de míster Simpson, el director del centro de investigaciones genéticas, y podía disponer de todo mi tiempo para dedicárselo a Koorax y a su tremendo y trascendente problema.

Finalmente, los últimos análisis dieron el resultado que yo esperaba anhelantemente: positivo.

—Sí. Pero ¿cómo obtener la prueba definitiva? —preguntó él.

Me tomó por los hombros, y me besó apasionadamente.

Sobraban las palabras: yo comprendía perfectamente sus intenciones.

* * *

A finales de mayo, Koorax volvió a desempeñar sus funciones de ingeniero de mantenimiento en el instituto de investigaciones genéticas.

También yo, por mi parte, retorné a mis trabajos de investigación en el mismo centro.

No había vuelto a ver a Jack Morris.

Mí más ferviente deseo era que Jack hubiera reflexionado y llegado a la conclusión de que lo nuestro había terminado definitivamente.

Sin embargo, conocía su testarudez, su orgullo y su violento carácter; todo lo cual le convertían en un individuo rencoroso

Sólo me sentía tranquila cuando estaba junto a Koorax. Pero él me abandonaba a menudo para vagar de un extremo a otro de la ciudad, en busca de Ptee, de la que no habían vuelto a tener noticias.

Teníamos en proyecto traer a Xital a mi consulta, con el fin de establecer con ella el mismo tratamiento contra la esterilidad, practicado en Koorax.

Para entonces, Wazoo había hecho varias visitas a tierra, en

compañía de Oothan. Habían obtenido un toro y una vaca, borregos, aves de corral, conejos, caballos... y algunas especies vegetales desconocidas para ellos.

Si la experiencia con Xital tenía éxito, no sería necesario que ninguno de los demás abandonasen la *roodner* bastaría con que Koorax y yo llevásemos hasta ellos el tratamiento preciso.

El quince de enero trajimos a Xital. Desde el interior del coche, ella lo contemplaba todo con sus enormes ojos escarlata, desorbitados por el asombro.

Cinco días después, las pruebas habían arrojado resultado positivo: Xital había dejado de ser estéril.

Aquel mismo día, la televisión dio la noticia del hallazgo de una mujer joven en los alrededores de un pueblecito llamado Corralada, próximo a la frontera mexicana.

Aquella mujer había sido ferozmente violada y... asesinada.

Esa misma noche, un terremoto asoló el poblado de Corralada. Sus cien casas desaparecieron, engullidas por una enorme grieta, y todos sus poblados perecieron de forma horrible.

Inútilmente esperé a Koorax hasta la madrugada. Pero le vi a la tarde siguiente en el instituto.

Su rostro, normalmente muy bronceado y saludable, tenía un raro tono grisáceo.

— ¡Koorax! ¿Qué te ocurre? —exclamé.

Me dirigió una mirada penetrante, que me inquietó.

—Ptee ha muerto —respondió, al cabo.

—¡Dios mío! —murmuré, angustiada. Y oprimí su mano, tratando de compartir su dolor y elevar su ánimo.

—Cuatro hombres la obligaron a subir a un coche, cerca de la frontera. Durante todo este tiempo, la mantuvieron prisionera en un viejo rancho abandonado. La violaron, la martirizaron y... finalmente la asesinaron. Pero Ptee está vengada.

Me estremecí.

Y de repente, rompí a gritar:

—¡Tú! ¡Tú has destruido Corralada, has hecho desaparecer todo un pueblo, con mujeres, con niños, con seres inocentes, que no eran culpables de la muerte de Ptee…!

—No fui yo —afirmó—. Wazoo y Oothan encontraron, por fin, a Ptee. Y su ira se desató… Es lamentable, pero está hecho. Nada puede hacerse ya.

CAPITULO XI

—Está bien —accedió Harold Sturgis—. Ven a casa, si tan urgente es lo que tienes que decirme. Te espero, Jack.

—¿Quién era, querido? —preguntó su esposa, desde el salón.

—Jack Morris. Parecía muy excitado, y afirmó que tenía que informarme acerca de un asunto de espionaje. No sé qué pensar, Mónica. A Jack le gusta demasiado darle a la botella. Tal vez esté algo bebido.

Diez minutos después, el carísimo coche de Morris se detenía ante la residencia de los Sturgis.

—Pues no parece bebido —se dijo Harold, cuando le vio entrar—. Vamos, Jack, pasa. Tomaremos un trago.

—No se trata de eso, Harold. Olvidemos la bebida. Se trata de un asunto grave —afirmó Morris.

—Está bien. Habla.

—Durante muchos días, he estado siguiendo a Eva Harlow, porque sospechaba que ella se encontraba en dificultades, desde que se encaprichó de ese raro individuo, Serge Varislak. Y ahora tengo pruebas de que Varislak esconde algún turbio secreto...

Según Morris, Varislak se trasladaba a la playa diariamente, al anochecer, y se lanzaba al mar, sin ningún equipo de buceo.

—He cronometrado el tiempo que permanecía bajo el agua: ¡más de media hora, sin emerger! —exclamó Jack.

—Bueno, amigo mío: no creo que sea tan importante. Tal vez respira a través de un tubo o una caña.

Es posible que sienta una desmedida vocación por la pesca submarina...

—¿Sin fusil, y siempre de noche? Vamos, Harold, no es para bromas. Reflexiona: nadie conoce a Varislak. Cierto que presentó una documentación en el centro de investigaciones genéticas, según he podido averiguar, que le acredita como ingeniero electrónico. Pero ¿de dónde vino, quién es, en realidad?

Sturgis borró la sonrisa. Estaba comenzando a tomar el asunto en serio.

—Me sentí muy intrigado por todo lo relacionado con Varislak. Durante varias semanas, he mantenido a tres hombres tras sus pasos, cuando yo no podía ocuparme directamente de su vigilancia. Una noche...

Jack había visto desaparecer a Varislak en el mar, y le siguió a bordo de una lancha a motor, acompañado por el detective Sam Davis.

—Sam es testigo de lo que descubrimos —declaró Morris.

—¿Qué era?

—Del fondo del mar provenía una insólita luminosidad azul. Sam y yo pudimos escuchar perfectamente un zumbido monocorde, que provenía de las profundidades... ¿Qué imaginas que puede ser?

—Un submarino, tal vez —respondió Sturgis, preocupado.

—Un submarino soviético. ¡Varislak es un espía, que cada noche se sumerge en el mar para entregar información secreta al submarino! ¡Y lo peor... Lo peor de todo es que Eva Harlow es su cómplice.

Encendió un cigarrillo con ademán nervioso, y miró a Sturgis.

—Tú eres un policía federal, Harold. ¿No crees que tu obligación es informar de todo esto a tus superiores? —preguntó, insinuante.

Sturgis se alzó de su asiento y descolgó el teléfono.

* * *

Koorax se incorporó de un salto sobre el lecho.

También Eva despertó bruscamente, sobresaltada.

—¿Qué ocurre, Koorax? —inquirió, muy asustada.

Koorax permanecía rígido sobre el lecho, atento, vigilante.

—Han decretado la caza; me buscan, quieren eliminarme, matarme —pronunció él, con voz profunda.

—Estás soñando, querido —exclamó Eva, soñolienta.

Palpó el brazo masculino, pero la piel de Koorax producía una intensa e insólita vibración.

—Estoy totalmente despierto. Y lo que acabo de decirte es la verdad. Lo percibo, lo sé. ¡Vienen hacia acá, me buscan!

Se puso en pie de un salto, fue hacia la ventana y descorrió la cortina de un manotazo.

Cuatro automóviles se aproximaban por la carretera, a toda velocidad. No se oía el aullido de las sirenas, pero Koorax podía advertir que se trataba de automóviles policiales.

—Vístete —ordenó—. No sólo me buscan a mi, Eva. ¡Vienen, también, por ti!

Eva dejó escapar un gemido de angustia, pero saltó de la cama y comenzó a vestirse, sin discutir.

Afortunadamente, tía Else se había ido el día anterior a Los Angeles, con el fin de pasar unos días con Sarah Carpenter, una de sus sobrinas.

Eva fue a encender la luz, pues tropezaba continuamente en la oscuridad, pero Koorax se lo impidió.

—¡No! Yo te guiaré.

La tomó de la mano y avanzó velozmente entre las tinieblas.

Parecía un gato, pues caminaba en la oscuridad sin tropezar una sola vez, con la seguridad de un felino.

Saltaron por una ventana, y cruzaron los setos que limitaban la propiedad.

A unos cincuenta metros de distancia, se detuvieron.

Los focos del alumbrado de la carretera les permitieron vez cómo los cuatro automóviles se detenían alrededor del hotelito. En escasos segundos, más de quince hombres armados brotaron del interior de los coches, y corrieron sobre el césped, ocupando lugares estratégicos alrededor de la construcción.

De repente, brilló una luz intensa. El foco recorrió fugazmente la fachada de la casa de Eva.

Un altavoz resonó en la noche:

—¡Atención, atención! ¡Habla la policía! ¿Me escucha, Varislak? Le conmino a que se entregué, sin oponer resistencia. Caso contrario, mis hombres penetrarán en la casa y abrirán fuego inmediatamente.

Le doy dos minutos.

Un escalofrío estremeció a Eva.

—¡Jack! —gimió—. ¡Es él! ¿Le ves? ¡Está allí, protegido detrás de uno de los coches!

—Nos ha denunciado —pronunció claramente Koorax.

Transcurrieron unos segundos de absoluto silencio.

Luego, de repente, numerosos focos se encendieron, e iluminaron con toda claridad el edificio.

Las metralletas comenzaron a disparar. Los cristales de las ventanas saltaban destrozados, y las balas arrancaban pedazos de ladrillo de los muros.

—¡Adentro! —gritó alguien, a través de un megáfono.

Varios policías saltaron por las ventanas, después de enviar por delante una granizada de plomo.

—¡Locos! —exclamó Koorax, tenso—. Nos hubieran acribillado, antes de permitirnos una sola palabra de descargo.

Eva le tomó de una mano.

—¡Huyamos, Koorax! ¡Si nos descubren, tirarán a matar contra nosotros! —gimió, horrorizada ante la barbarie que sus ojos estaban contemplando.

—No temas. Estamos a salvo —respondió él, con su serenidad inaudita.

—Pero...

Se encontraban muy cerca de la carretera, ocultos tras el poste de una cerca.

Pero un foco se desvió en aquel momento, y proyectó sobre la tela metálica sus alargadas sombras.

—¡Allí! —gritó alguien—. ¡Están allí, detrás del poste!

Una ráfaga de plomo silbó por encima de sus cabezas.

Eva se abrazó a Koorax, y advirtió que el cuerpo del hombre vibraba de forma impresionante.

—¡Koorax, amor mío! ¡No conozco el motivo, pero temo que esos hombres van a matarnos! —gritó.

Fue entonces cuando vio el rojo fulgor en los ojos del hombre.

Y bruscamente, los setos, la cerca e incluso el verde césped comenzaron a arder a llamaradas.

También el firme de la carretera ardía, y el fuego prendió rápidamente en los automóviles que rodeaban el hotelito.

Se oyó un terrible alarido, y un hombre saltó fuera de un coche. Sus ropas ardían como si acabasen de rociarlas de gasolina.

Entonces Koorax tomó a Eva de la mano, y huyeron.

Detrás de ellos, el incendio se extendía en una superficie de tres hectáreas.

CAPITULO XII

Jack Morris se tragó el vaso de whisky, sin respirar.

—¿Cómo, maldita sea, cómo lo consiguió? —exclamó.

Estaba en el despacho del comisario Farckland, que mantenía una conversación telefónica, mientras Harold Sturgis paseaba muy nervioso de un extremo a otro de la estancia.

—Creo que debieron regar el césped con gasolina, y le prendieron fuego cuando se encontraron a distancia de seguridad —se respondió a sí mismo Morris.

—No digas tonterías, por favor —le recriminó Sturgis, inquieto—. La verdad es que el césped y los setos presentaban un aspecto normal, cuando llegamos. Tampoco el firme de la carretera estaba inundado de combustible, ¿o lo has olvidado?

Morris le miró, furioso.

—Lo cierto es que todo comenzó a arder de repente, en un área de tres hectáreas. Por un momento, pensé que todos íbamos a morir achicharrados... Pero ¿cómo lo conseguiría ese Varislak? Debe poseer algún arma secreta.

—En cualquier caso, todo esto desborda nuestras posibilidades —resumió Sturgis, con sentido práctico—, Farckland está en comunicación con el gobernador. Nosotros. ..

Farckland terminó su conversación en ese mismo momento.

—Los refuerzos están en camino, desde Los Angeles —informó—. Al parecer, el gobernador se ha puesto al habla con las autoridades navales, y van a buscar a lo largo de la costa. Si hay un submarino soviético, le obligarán a salir a la superficie

Sturgis encendió un cigarrillo, del que fumó con gran ansiedad.

—De todas formas, intuyo que hay algo misterioso, incomprensible, en todo esto. ¿Cómo pudo Varislak sanar en veinticuatro horas? Tengo el testimonio de míster Simpson, pero tú mismo, Jack, le seguiste al día siguiente... ¡Varislak caminaba normalmente, y no presentaba huellas de sus graves heridas!

—Sí —convino Farckland—, Es muy extraño. Recordad lo que

ocurrió cuando subíamos en el ascensor hasta este despacho: el aparato se detuvo, la fuerza eléctrica se cortó, y tuvimos que aguardar, aterrados, durante media hora, antes de que fuésemos rescatados…

—Pero el jefe de servicios de la compañía eléctrica repitió, una y otra vez, que no se había producido avería en la distribución… a pesar de que todo San Diego quedó sin luz, durante veinticinco minutos

El teléfono repiqueteó sobre la mesa.

—¿Cómo? ¡No es posible…! —exclamó el comisario, que atendía la llamada.

Sturgis y Morris se detuvieron y miraron a Farckland, expectantes.

—¿Qué…? —inquirió Jack, impaciente.

—Acaba de producirse una cadena de explosiones en la red de cloacas de la ciudad — anunció el comisario, muy pálido—. En Cedar y en Date Street se han abierto enormes socavones que han cortado todo tránsito de vehículos y el edificio América está a punto de hundirse.

Jack Morris pronunció una sonora maldición.

—¡No puedo creerlo, no puedo creerlo! —exclamó, espantado.

El edificio América era una construcción de veintidós pisos. Estaba dedicado en su totalidad a oficinas y despachos comerciales, y lo habían construido, tres años atrás, la South Enterprise, una de las empresas de Morris.

—Debe haber un error —murmuró éste, sudoroso—. Voy a trasladarme allá inmediatamente.

Pero Harold Sturgis le detuvo en la puerta..

—Yo no te lo aconsejaría, Jack. Si se trata de una cadena de atentados dirigidos por Serge Varislak contra esta ciudad, decenas de comandos terroristas pueden estar patrullando la ciudad. Varislak no debe tener motivo de amistad hacia ti. Si te encontrases con él, en las solitarias calles de San Diego…

Las facciones de Morris se crisparon. Pero cerró de un portazo y se quedó en el despacho de Farckland, que trasmitía, a través de la radio, urgentes mensajes a las unidades móviles de la policía.

Farckland les miró a los dos, una vez transmitidas sus instrucciones.

—Creo que debemos serenarnos todos. La situación se aclarará, en cuanto llegue el día. Unidades acorazadas del Ejército vienen hacia acá, desde el campamento de San Jorge. Ellos se encargarán de mantener el orden y acabar con los terroristas.

Jack se dejó caer en una silla.

Reflexionaba. Si el edificio América se hundía, su fortuna se tambalearía con el rascacielos: había invertido en aquella construcción la mayoría de sus recursos económicos.

Volvió a alzarse, de un brinco. Pensaba en Eva Harlow, en Varislak, aquel maldito intruso, que había llegado, de sabía Dios dónde, para provocar su ruina.

¿Dónde estarían ahora?

La policía había enviado sus avisos de alerta a través de la radio y la televisión, y todas las unidades policiales, como los voluntarios de la guardia nacional, tenían orden de disparar contra Serge Varislak y detener a la doctora Harlow.

—No les será fácil encontrar refugio. Dentro de poco, tendremos noticias de ellos —se dijo, rabioso.

Pero el tiempo seguía transcurriendo inexorablemente, y al despacho del comisario Farckland sólo llegaban intermitentemente noticias de nuevas catástrofes.

A las cuarto de la madrugada, se hundió el paso elevado sobre la carretera interestatal Número Cinco.

Afortunadamente, ningún vehículo rodaba por la autopista en aquel momento, pero los policías de tráfico se habían visto obligados a desviar el tránsito, y los carros de combate que llegaban del campamento de San Jorge tuvieron que aguardar media hora antes de seguir su camino hacia San Diego.

Cerca de las cinco, los muelles de El Embarcadero se resquebrajaron, y la mayor parte de los diques se hundieron misteriosamente.

Para entonces, los soldados patrullaban ya las calles de la ciudad, y sólo permitían circular a las ambulancias, los coches de la policía, los camiones de los bomberos y los automóviles del personal sanitario,

llamado urgentemente a los hospitales.

Constantemente, llegaban llamadas de socorro a la policía. Farckland se veía ya desbordado por los acontecimientos, incapaz de atender a todos los casos.

Cerca del amanecer, Harold Sturgis sacó un pañuelo, y se enjugó el copioso sudor de su rostro.

—No sé —murmuró, las manos apoyadas sobre la mesa de Farckland—, pero se diría que todo esto, las catástrofes que está padeciendo la ciudad, el pánico desatado sobre San Diego...

—Di lo que sea ya —estalló Morris, impaciente.

—Se diría que es un aviso.

Morris dejó escapar una carcajada histérica.

—¿Un aviso? —se burló—. ¿De quién?

Farckland le miró con severidad.

—Puedes mofarte de Sturgis, si eso te divierte —declaró—. Pero también yo empiezo a creer algo semejante. Y si me apuras, te diría que tú tienes que ver algo en todo esto.

_.¿Yo? —chilló Jack Morris— ¡Es lo que me faltaba por escuchar, esta noche! ¿Va a acusarme de esas catástrofes, atentados o lo que quiera que sean?

—Escúchame —le atajó el comisario—. Sólo sé que las cosas más extraordinarias comenzaron a suceder en cuanto tu coche chocó contra el "Maserati" de la doctora Harlow: Varislak, que resultó con dos fracturas y una fuerte conmoción cerebral, huye esa misma noche del hospital, y aparece al día siguiente, tan fresco como una rosa...

—Sigue.

—Posteriormente, e impulsado por el despecho, te dedicas a espiar a ese hombre y a la doctora Harlow. Hablas con Sturgis y conmigo, denuncias a Varislak por espionaje, y nos empujas a detenerle. Tres hectáreas de jardines, césped y asfalto arden misteriosamente, y dos de mis policías resultan con gravísimas quemaduras.

—Cuando encontremos a ese cerdo espía...

—Déjame continuar. Esta misma noche, nos induces a penetrar en la consulta que la doctora Harlow tiene en el centro de la ciudad, pues

sospechas que ella y el fugitivo se hayan refugiado allí. Influidos por tu actitud y tus gritos histéricos, mis hombres destruyen todos los aparatos de la pequeña clínica e incendian el edificio. ¿Qué ocurrió inmediatamente después?

Sturgis tragó saliva.

—Cuando salíamos, el pavimento se rajó, y una gran grieta se tragó a dos unidades móviles de la policía, y nosotros mismos estuvimos a punto de morir abrasados, cuando surgió del fondo de la grieta una gran llamarada: una conducción de gas acababa de inflamarse —respondió Harold, demudado.

—Pura casualidad. Esta tierra es propensa a los temblores de tierra, a los terremotos y a los volcanes —objetó Morris.

—Es posible que tengas razón, pero son demasiadas casualidades encadenadas. Para mí, que no soy un hombre fácilmente impresionable, todo esto comienza a convertirse en algo inquietante —resumió Farckland, que sudaba copiosamente, a pesar del aire acondicionado.

Jack apagó el enésimo cigarrillo sobre el cenicero del comisario, y exclamó:

—Yo no tengo miedo, ni creo en fenómenos sobrenaturales. Dame un salvoconducto para los del Ejército, y me marcharé.

—¿Para qué quieres el salvoconducto? —quiso saber el comisario.

—Estoy cansado, y tengo sueño. Me retiraré a descansar. Vosotros estáis obligados a seguir en pie, porque sois policías, pero yo soy un particular, y quiero marcharme a descansar. ¿Me darás el salvoconducto? —exigió Jack.

En las miradas que le dirigieron Farckland y Sturgis se reflejaba el reproche, pero Morris simuló ignorar.

El comisario extendió finalmente el documento, y se lo entregó.

—Espero que detengáis a Varislak, por vuestro propio bien y la seguridad de esta ciudad —exclamó, por todo saludo. Y se marchó.

Al penetrar en el ascensor, se sintió sobrecogido. Pero el aparato le dejó en la planta baja, sano y salvo.

No pensaba ir a descansar. Por el contrario, su decisión de abandonar el despacho del comisario se debía a otras causas.

Acababa de recordar que Eva Harlow y el propio Varislak trabajaban ambos en el Instituto de Investigaciones Genéticas.

—Estoy seguro de que la policía no les habrá buscado allí. Para ellos, supondría un excelente refugio —se dijo.

Imaginó a Eva en los brazos del alto y apuesto Varislak, acariciándose ambos, como los había sorprendido en la playa.

Sus dientes rechinaron de despecho, y la decisión brotó en aquel instante en su mente.

—Si están allí…, los mataré.

CAPITULO XIII

—¡Basta, basta, por favor! —gimió Eva, con lágrimas en los ojos.

Desde lo alto de las colinas sobre las que se alzaba el Centro de Investigación, San Diego ofrecía un panorama aterrador: el edificio América acababa de hundirse, aplastando bajo su mole un supermercado y el teatro Clarion.

Se veían docenas de edificios en llamas, y las masas vegetales del parque Balboa ardían también, despidiendo a las alturas una densa columna de humo negruzco.

Los alaridos de las sirenas de las ambulancias y coches de bomberos rasgaban el aire, con un trémolo angustioso.

Eva, que se aferraba, temblorosa, al cuerpo de Koorax, notaba bajo sus dedos aquella intensa vibración que agitaba la epidermis del hombre de Llaach.

No podía explicarse cómo, exactamente, pero sabía que el comandante Koorax era directamente responsable de aquella catástrofe.

A un kilómetro de allí, Eva había asistido a una escena impresionante: caminaban ambos a lo largo de la larguísima Cabrillo Freeway, cuando un coche patrulla les alcanzó.

Koorax se detuvo, con las piernas abiertas en compás. De su silueta brotaba un leve resplandor rojo, semejante a un aura magnética.

Eva vio el fulgor que brotaba de sus ojos, concentrada la vista en el coche de la policía.

Súbitamente, las planchas metálicas del vehículo se ondularon como si fueran finas láminas de material plástico, y la carrocería entera se deformó monstruosamente.

Luego, el automóvil volcó y se despistó, arrastrando tras sí una polvareda.

— ¡Por favor, por favor, basta! —volvió a suplicar.

Koorax la miró.

—Es mi aviso, Eva. La única respuesta que entienden es la

violencia. *¿No comprendes que ellos tratan de destruirnos*?

—A pesar de ello. ¡Por nuestro amor, Koorax, no sigas destruyendo todo lo que abarca tu mirada!

El fulgor languideció en los ojos rojizos, y la trepidación epidérmica cesó.

—Vamos —la arrastraba, potente—. Entremos.

Corrieron a lo largo de la amplia avenida, limitada por sicómoros, que llevaba al centro de investigación.

—Está Compton —Koorax se había detenido—. Tendré que eliminarlo.

—¡¡No!! —gritó la doctora Harlow—. No es necesario, yo sé por dónde podremos entrar, sin necesidad de que el vigilante lo advierta.

Fue ella la que le tomó la mano entonces, y le guió a través de los setos del jardín que rodeaba el edificio.

Alcanzaron la escalera de emergencia del ala norte, y ascendieron. Eva empujó una ventana y Koorax la tomó en brazos y la izó hasta el antepecho, tras lo cual, saltó y siguió el mismo camino.

Se encontraban en el laboratorio de la doctora Harlow.

—Estoy… estoy aterrada, Koorax —murmuró ella, buscándole en la oscuridad.

Le abrazó, al fin, y se estrechó contra el pecho del hombre, ansiosa de consuelo.

—Yo no puedo decir que sienta miedo, querida Eva —respondió el hombre, en voz baja—, pero estoy impresionado por el odio que los terrestres demuestran hacia mí, hacia nosotros. No les importa matar, destruir, destrozarse entre sí. No poseen sentimientos, pero se dejan arrebatar por el rencor y el ansia homicida. ¡Es… es detestable!

Eva calló. ¿Qué podía responder?

El comandante Koorax había demostrado suficientemente su pacifismo, incluso su pasividad, ante la hostilidad de sus semejantes terrestres. Había evitado cuidadosamente producir víctimas, incluso cuando se había sentido amenazado y acorralado como una fiera peligrosa.

Ambos se dejaron caer sobre un diván adosado a la pared.

Durante unos minutos, ninguno de los dos dijo nada.

—Tiéndete, descansa. Yo velaré tu sueño —susurró él.

—¡No! No seria capaz de abandonarme al descanso. Mis nervios están en tensión, y mi corazón late, furioso, de inquietud. ¿Qué piensas hacer?

—Eso depende de *ellos* —respondió el hombre de Llaach. Y preguntó—: Trajiste los específicos para el tratamiento de Wooa, Oothan y Wazoo?

—Hay tres grandes maletas en uno de los armarios. Dentro, encontrarás todo lo preciso —respondió ella.

De repente, asió firmemente una de las manos de Koorax.

—Quería… quería haberte confesado algo, querido Koorax, pero no me he decidido hasta estar segura —susurró.

—¿De qué se trata? —preguntó él.

La doctora Harlow se humedeció los labios, antes de contestar ¡Se sentía tan emocionada!

—Estoy… estoy embarazada —confesó con un hilo de voz—, ¡He concebido de ti, Koorax!

Notó el súbito estremecimiento de los músculos del hombre. Luego, él la tomó por los hombros y exclamó:

—¡Eva! ¿Estás segura? ¿No… no te equivocas? Eso… ¡eso quiere decir que ya no soy estéril, que la vida podrá continuar en Llaach hasta el fin de los tiempos…!

Estaba tenso, tan excitado, que sus dedos se hincaban en los hombros de la doctora Harlow hasta hacerle daño.

—Así es, Koorax. Has cumplido tu misión. Tú y los tuyos podéis volver a Llaach —respondió Eva.

Koorax la soltó con violencia.

—Pero… ¡yo no podría marcharme sin ti! —exclamó con voz extraña.

Eva se retorció las manos, en un ademán desesperado: había llegado el momento más temido, el que había estado aguardando desde la primera vez que descendiera hasta la *roodner*, que se ocultaba

en el fondo del mar.

—Tienes que comprenderlo, Koorax —habló con dulzura—. Este es mi mundo. Bueno o malo, justo o injusto, es mi planeta, el lugar donde he nacido y crecido. En Llaach me sentiría extraña, desplazada…

En el silencio de la noche, la doctora Harlow escuchó el ronco gemido de Koorax.

—Pero yo te amo, tanto como tú a mí —protestó el hombre fervientemente—. Llaach será un paraíso para nosotros dos. También nosotros, los llaachitas, habremos aprendido una lección trascendente: el dominio de la técnica y de la ciencia pueden conducir igualmente a la exterminación. Pero cuando los hombres y mujeres de Llaach puedan engendrar hijos, y nuestro bello planeta, tan semejante a éste, esté poblado por animales, dispondremos de un entorno vital.

—Tengo miedo —musitó Eva—. Ya sé que no es razonable, porque conozco muchas cosas sobre Llaach, pero me siento aterrorizada, no puedo impedirlo.

Volvió el silencio. Al cabo, se oyó nuevamente la voz de Koorax.

—¿Has olvidado que tendrás un hijo… mío? —preguntó.

Eva prorrumpió en entrecortados y violentos sollozos.

—¿Cómo… cómo podría olvidarlo? —exclamó, amargamente—. Lo ansiaba, lo deseaba con todas mis fuerzas… por ti. Porque ello sería la prueba definitiva del éxito de tu largo viaje a través del espacio.

—¿E incluso así te niegas a acompañarme? —la acosó Koorax.

—¡No me atormentes, por favor! —suplicó ella—. ¿No ves que estoy atemorizada, que todo mi ser se debate en la duda?

Pero Koorax se mostró inflexible.

—Si me amas, debes acompañarme. A fin de cuentas, tu mundo no es mejor que el mío, sino todo lo contrario. Nosotros vinimos a la Tierra, buscando una posibilidad de supervivencia, pero a vosotros os induce el egoísmo y el ansia de destrucción…

Eva se irguió de repente, y susurró:

—Calla. Me ha parecido escuchar un rumor próximo.

CAPITULO XIV

Jack Morris frenó ante la entrada principal del edificio, y se apeó, colérico.

Su ira se debía a los múltiples y pesados controles militares que se había visto obligado a soportar hasta llegar al Centro de Investigación.

Subió a la carrera los peldaños que llevaban al vestíbulo, y empujó la puerta. Compton, el vigilante, abandonó su cabina, y le cortó el paso.

—¡Espere! No puede entrar.

Jack llevaba en el bolsillo una sólida "Magnum", y le golpeó brutalmente en el rostro y volvió a machacar el cráneo del pobre Compton hasta que el hombre cayó al suelo, sin conocimiento y con el rostro y los grises cabellos manchados de sangre.

Saltó sobre su cuerpo y atravesó el pasillo, a la carrera. Empujaba las puertas brutalmente, e iba encendiendo todas las luces que encontraba a su paso.

Registrada la planta primera, ascendió a la segunda.

Fue directamente al laboratorio. La puerta estaba cerrada, pero Morris, fuera de sí ya, disparó tres veces y destrozó la cerradura.

De una patada abrió la puerta de par en par.

Encendió la luz y... descubrió a Eva Harlow y a Koorax.

La mujer parecía despavorida, pero el hombre que la acompañaba apenas se inmutó al verle aparecer.

—¡Al fin! —bramó Jack. Y disparó contra Koorax.

Eva se interpuso de un salto en la trayectoria del disparo. Murmuró un gemido, y cayó al suelo.

Morris contempló, estupefacto, la sangre que manaba del pecho de la mujer.

—¡No importa! —rugió, alterado—. Eva no quería ser mía... ¡Es lógico que tampoco sea para ti, maldito intruso!

Fue a disparar de nuevo, a apretar el gatillo hasta terminar los

cartuchos del cargador, pero tuvo que soltar la pistola porque el metal quemó sus dedos.

Entonces alzó la mirada, y vio el fulgor que brotaba de los ojos del hombre que tenía enfrente

Sólo durante un segundo sintió el terror como una garra de hielo en su corazón, porque en el segundo siguiente su corazón falló, sus piernas se doblaron, y cayó pesadamente al suelo.

Estaba muerto.

Koorax se inclinó sobre la doctora Harlow. Del pecho del hombre de Llaach brotó un ronco y salvaje gemido.

Palpó el pecho de la mujer, desgarró su jersey, y descubrió la herida.

El balazo de Morris había alcanzado a Eva Harlow en el pecho, muy cerca del corazón.

Koorax palpó el pulso de la mujer, y se aterró: apenas latía a cuarenta pulsaciones por minuto.

Eva estaba muy grave. Probablemente, la bala había pasado rozando su corazón y lo había lesionado.

Bastaría, tal vez, un movimiento brusco y...

La tomó en brazos y la elevó con infinito cuidado.

Era urgente, desesperadamente urgente, trasladar a la doctora Harlow a la astronave y someterla al regenerador electrónico, antes de que su corazón se detuviera para siempre.

Koorax se movía muy mal sobre la superficie terrestre, puesto que en Llaach la gravedad era menos intensa, pero, a pesar de ello, corrió cuanto pudo hasta alcanzar el exterior.

Cuando se detuvo junto al "Lincoln" verde de Jack Morris, jadeaba estertorosamente.

Depositó con delicadeza el cuerpo de Eva sobre el asiento trasero, y se dejó caer tras el volante.

Jamás había conducido un vehículo terrestre, pero sabía cómo hacerlo.

Arrancó despacio, con cuidado, giró y se alejó.

Se estaba haciendo de día.

A lo lejos, divisó la barrera de un control militar. No podía seguir adelante, si no quería morir.

Y si moría él, moriría también la doctora Harlow.

Giró lentamente a la derecha, y condujo a discreta velocidad a través de los árboles de un bosquecillo.

Descendió por un caminillo que desembocaba en Harbor Drive, muy cerca del puerto.

A partir de allí, era imposible seguir avanzando: tropas militares habían tomado el puerto, y patrullaban constantemente a través de los muelles resquebrajados.

Se detuvo en un callejón.

Desde allí, se divisaba el mar.

A cinco millas de la costa, un destructor de la armada norteamericana estaba lanzando cargas de profundidad. Enorme surtidores de espuma se alzaban sesenta metros por encima de la superficie.

"Tratan de destruir mi *roodner*", pensó.

Sus cuadradas facciones se crisparon en un rictus de ira.

—Ellos no me dejan elegir. Quieren la destrucción y la muerte... ¡Pues sea! —exclamó.

Un débil quejido le obligó a volverse hacia atrás.

Eva se había movido. Sus labios se entreabrían en una casi ininteligible súplica.

—No más violencia, Koorax. No más destrucción ni... muerte.

El rostro de Koorax se relajó.

Luego puso el motor en marcha, y volvió hacia el bosquecillo de las colinas.

Cerró los ojos, y se concentró para enviar su mensaje.

—Comandante... Koorax... al segundo... Wazoo. Necesito... ayuda... urgentemente. Acelerad... los generadores... ¡Emerged! Os... os espero —decían los impulsos telepáticos.

* * *

El mar se agitó desde sus entrañas, y dos lanchas torpederas se fueron inmediatamente a pique.

Del seno marino brotó majestuosamente el resplandor fulgurante y azulado.

Los aparatos de control y seguimiento de las naves que patrullaban la zona, se agitaron en locas evoluciones y los timones se negaron a obedecer la orden de sus timoneles.

—¿Ha visto, teniente Willmont? —rugía el almirante Batterson, desde el puente de mando del destructor *Hopper*—. ¡Está ahí, se eleva, se aleja! ¿Por qué no disparan las baterías?

—El buque gira como loco, señor. Disparar ahora seria… destruir lo que queda de San Diego —respondió prudentemente Willmont.

El potente fulgor azulado se alejó hacia las colinas, pobladas de pino. Por un instante, las copas de los árboles resplandecieron en azul. Luego, la cegadora luz se alejó tan velozmente que los ojos no podían seguir su desplazamiento. Y finalmente, desapareció.

El almirante Batterson continuaba gritando sus inútiles órdenes desde el puesto de mando del destructor *Hopper*.

* * *

Xital tomó de sus manos el cuerpo de la mujer.

—¿Wooa? —preguntó el comandante, advirtiendo que la pequeña operadora de telecomunicaciones no se encontraba en el hemiciclo de control.

Wazoo, Oothan y Xital cambiaron entre sí una mirada.

—Desapareció. La buscamos, pero no la hemos encontrado a bordo de la *roodner* —respondió Wazoo, sombrío.

—Pero ella conocía mis instrucciones… ¡Nadie podía abandonar la nave, después de que Ptee…! —exclamó Koorax.

—Wooa estaba triste y desesperada, desde que trajiste a esta mujer por primera vez, Koorax —respondió Xital.

—¿Qué quieres decir?

—Wooa no tenia ya interés por seguir viviendo —respondió la

mujer.

—¡Es absurdo! La buscaremos. No abandonaremos la Tierra hasta que Wooa sea hallada. ¡Y ojalá la encontremos a tiempo! —dijo Koorax, preocupado.

—Comandante... Esa mujer se está muriendo —dijo el esbelto Oothan, señalando el cuerpo de la doctora Harlow, que Xital mantenía sin esfuerzo entre sus brazos.

—¡Sí! Está muy grave. ¡Aprisa! Llevémosla a la cabina del regenerador —ordenó el comandante.

Koorax fue el primero en llegar junto al cilíndrico cuerpo metálico del regenerador.

El dial circular de su único mando estaba señalando con la palabra llaachita *khai*, es decir, involución.

Koorax se sintió aterrado.

Antes de que la tapa metálica del regenerador se alzara, sabía lo que iba a descubrir.

Xital dejó escapar un gemido.

Dentro del receptáculo del regenerador yacía Wooa. Es decir, sus cenizas.

Aquel aparato, que servia para devolver la vida, mediante la rápida regeneración orgánica, valía también para morir, con sólo marcar la fatídica palabra *khai* en el dial.

—Prefirió morir, cuando supo que tú amabas a esta mujer —exclamó Xital, mirando a Koorax con reproche.

El comandante sostuvo la mirada con entereza.

—Yo no deseaba su muerte, Xital, sino todo lo contrario. Tu reproche es injusto. Decidme: ¿podría alguno de vosotros controlar y gobernar sus sentimientos? Yo comencé a amar a esta mujer, Eva Harlow, sin que interviniese mi voluntad. ¿Soy culpable por ello? —preguntó.

La expresión de Xital se dulcificó:

—Discúlpame, Koorax —pronunció—. Tienes razón, estás libre de culpa. Sólo que... la muerte de Wooa me ha trastornado.

Koorax se inclinó, y besó las cenizas de Wooa reverentemente. Y cuando sus camaradas hubieron hecho otro tanto, giró el mando del regenerador, y lo fijó sobre otra palabra *thai*.

Es decir: VIDA.

* * *

En su mente se agitaban dolorosamente terribles escenas de muerte y de destrucción.

Veía la ciudad de San Diego asolada, destruida, convertida en cenizas.

Había desaparecido toda vegetación, y las aves se alejaban sobre el mar, buscando nuevas probabilidades de vida, otros mundos más plácidos y serenos, de los cuales estuviera proscrita la muerte y la violencia.

El mar se agitaba, bravío y solitario.

Luego, el viento sopló y aventó las cenizas que cubrían la ciudad.

Eva dejó escapar un chillido de horror: entre las cenizas brotaba el cuerpo de Koorax, maltrecho, ensangrentado, despedazado y profanado...

Muerto.

—¡Oh, no, no! —gemía ella, soltando lágrimas a raudales—. El era bueno, amaba la paz y odiaba la violencia y el crimen. ¡No puede morir! El podía derramar la muerte, pero era amor lo que entregaba...

Pero todo aquello era absurdo.

—¿Por qué habla, por qué me lamento, por qué el dolor lacera mi corazón si, en definitiva, yo también estoy... muerta?

Volvía a sentir un pedazo de plomo abrasador perforando sus entrañas, rozando su corazón, desgarrando las fibras más sensibles y vitales de su pobre ser...

Jack Morris disparaba una y otra vez, satánico el gesto, fruncidos los labios en un rictus de furor homicida.

—¡Muere, muere, muere, puesto que no has querido ser mía! —resonaban sus penetrantes gritos en lo más hondo de la mente.

Lúgubres cánticos fúnebres sonaban en los oídos de la doctora

Harlow.

Junto a ella, apareció la querida tía Elsa, con sus cabellos enrollados en los rulos, y sus cariñosas facciones, grotescamente empolvadas.

—Yo te lo advertía siempre —repetía constantemente la anciana —, ¡San Diego es tan peligroso, a partir del anochecer...!

Sus oídos registraban un rumor monocorde, muy próximo.

Era algo semejante al tic-tac de un reloj.

"Debe ser el reloj que marca los segundos de la eternidad", pensó, asustada.

Notó un leve aliento sobre sus mejillas. Y el reloj aumentó progresivamente su tic-tac.

—Pero la Muerte no marca un ritmo creciente, sino decreciente —razonó.

Fue aquél el momento en que sus párpados se movieron.

Y Koorax estaba a su lado. ¡Vivo, radiante de vitalidad!

Y en sus ojos, de color rojo esplendente, había amor y ternura.

—Qué tal tu viaje por las tinieblas, doctora Harlow? —oyó las palabras de Koorax pronunciadas, como siempre, con aquel atractivo y exótico acento.

—Oh, oh, pero es cierto —susurró—. Estoy... estoy viva.

—Celebro que estés segura de eso, Eva —respondió Koorax. Y sonrió.

Eva se movió.

La sangre comenzó a circular activamente por sus venas, y todo su ser se estremeció de dicha.

— ¡Viva, viva, viva! —repetía aquel vital reloj que era su corazón.

Koorax la besó suavemente en los labios. Sabía hacerlo: no era ningún principiante ya, y sus caricias calaban hondo en el pecho de la doctora Harlow.

Luego, el comandante se irguió:

—¿Dónde estamos? —preguntó ella tímidamente, tras dejar que sus ojos vagasen unos instantes a su alrededor.

—A bordo de la *roodner* —declaró el hombre—. Pero no temas —advirtió, al ver que ella se envaraba—. Nos encontramos en el fondo del mar, muy cerca de un continente al que vosotros llamáis Australia. Wazoo, Oothan y Xital han hecho varios viajes a tierra para recoger animales y plantas. En definitiva, como diríais vosotros los terrestres, disponemos de todo un parque zoológico a bordo. Los animales, mamíferos, aves, peces, reptiles e insectos, serán soltados en Llaach, vivirán libremente y se multiplicarán sobre nuestras praderas. Tal vez un día no muy lejano, el desequilibrio ecológico de nuestro planeta haya desaparecido. Entonces, los llaachitas no viviremos ya con la terrible amenaza de la extinción, que nuestro progreso provocó.

Eva se irguió sobre los codos.

—Koorax... ¡He tenido una horrible visión! He visto la ciudad de San Diego destruida, convertida en cenizas... Por amor de Dios, dime, ¿qué ocurrió allí?! —preguntó con extrema ansiedad.

—Nada trascendente... porque tú me lo pediste así —respondió el hombre lentamente—. Ellos han recibido su aviso. Si impera la sensatez sobre sus pasiones, entenderán que la violencia desatada sólo conduce a la total destrucción...

Eva tomó, emocionada, sus manos, y las besó con devoción.

—Gracias, amor mío. Por un momento temí...

—¿Qué destruyésemos la Tierra? No soy rencoroso. San Diego será una ciudad tan bella y atractiva como antes, en el plazo de algunas semanas. Puedes estar tranquila, respecto a ello... a pesar de que los terrestres intentaron destruirnos varias veces.

Hinchó sus pulmones de aire, y acarició los finos cabellos de la doctora Harlow.

—Bien. Ahora sólo queda un último paso: devolverte a tierra. No te llevaré a Llaach contra tu voluntad —pronunció el hombre.

Pero Eva se puso en pie, y acarició su pecho.

—Koorax, querido mió: tú me devolviste la vida que Jack Morris estuvo a punto de quitarme. Mi vida es tuya, ya no me pertenece. Por tanto, tú serás quien decida —dijo.

—¿Estás decidida? —los ojos del comandante fulgieron un

instante.

—Sí. Contigo está mi futuro. Sólo lo siento por tía Elsa: es la única persona de la familia que me queda. ¡Ella se sentirá tan triste y sola, cuando regrese a San Diego y no me encuentre!

—No vas a perderla, Eva —afirmó Koorax.

—¿Cómo puede entenderse eso? Tía Elsa es anciana, y no resistiría…

—No estoy proponiéndote que tu tía venga con nosotros al distante Llaach, se trata de algo diferente…

—Permíteme, al menos, que le escriba una carta de despedida —suplicó la doctora Harlow.

Koorax le miró, sonriente.

—¿Carta de despedida? —exclamó—. La tecnología Uaachita no necesita de vuestros prehistóricos medios de comunicación. No será preciso que le escribas: HABLARAS CON ELLA.

CAPITULO XV

La señora Elsa Harlow no regresó a San Diego hasta mediados del mes de agosto.

Los albañiles habían tardado algunas semanas en reconstruir el hotelito de La Jolla y en trazar los setos de un nuevo jardín, después del incendio que asoló aquella zona, dos meses antes.

Así, pues, un día del mes de agosto, un taxi de Los Angeles dejó a la enlutada señora Harlow ante su remozado hotel.

Parecía más pequeña y delicada, con sus negras vestiduras. Quizá la pena la había encogido algunos centímetros, todo era posible.

Sin poderlo evitar, rompió en sollozos, cuando el taxi se alejó.

—Eva, hijita —murmuró.

La doctora Harlow había sido dada por desaparecida, a lo largo de aquella luctuosa noche, en que la ciudad se conmovió desde sus cimientos.

Incluso le habían entregado un certificado de defunción provisional.

Avanzó unos pasos a través del camino de piedrecitas, y dirigió una emocionada mirada a la pequeña piscina en que Eva solía bañarse.

—¡Hijita, hijita querida! ¡Qué sola voy a sentirme ahora! Ya nunca oiré tu cálida voz ni tus risas alegres, de muchacha sana. Ya no te burlarás de mí, cuando me veas aparecer en camisón con la cara empolvada, ni probarás mi pastel de manzana, que tanto te gustaba —sollozó.

Introdujo la llave en la cerradura, y abrió.

Se diría que la espalda de tía Elsa se había arqueado un poco más, bajo el peso del dolor.

Se quedó inmóvil en mitad del vestíbulo, deseando fervientemente que todo hubiese sido una mala pesadilla, y Eva, tan bella con sus shorts blancos, apareciese en la escalera con un alegre:

—¿Es hora de almorzar, señora Harlow?

El teléfono estaba zumbando. Tía Elsa se alejó hacia el salón, pasito a pasito, para atenderlo.

No tenía ganas de recibir pésames ni cortesías de sus buenas y viejas amigas de San Diego.

Prefería estar a solas, con sus recuerdos, para sacar el álbum de fotografías, para curiosear en las cosas de Eva, para ordenar sus ropas y sentir en su olfato el aroma de su presencia incorpórea.

—Dígame —pronunció la anciana, con voz fatigada.

—Bien venida, tía Elsa.

La anciana palideció. ¡Era la voz de Eva!

Pero era imposible. Eva estaba muerta. Alguna broma de mal gusto, sin duda.

—Vamos, vamos, tiíta, no se trata de un fantasma. Soy yo. Todo eso de mi muerte son fantasías. Lo cierto es que Serge y yo nos hemos casado, y vivimos ahora en un país demasiado distante para traerte con nosotros. Pero eso no es ningún inconveniente. Te llamaré por teléfono cada día, cada hora. Estaremos muy unidas, aunque sea por teléfono.

—¡Dios mío! Es verdad, ¡es ella, mi pequeña Eva! —gimió la anciana.

—¿Qué te creías, que ibas a librarte de mí y de mis bromas? Tengo que decirte tantas cosas, queridísima tía Elsa! Serge y yo... vamos a tener un niño: se llamará Kury, y será un bebé fuerte y guapo, como su padre. Naturalmente, tú no digas nada a nadie. Para mí será como una gran broma, como la broma más inteligente de la historia. Que sigan creyendo que he muerto. En cuanto a ti, tía Elsa, podrás hacer uso de mi dinero, y de todos mis bienes. Yo estaré siempre contigo. Te hablaré de Kury, de Serge, de mis amigos. Y tú me contarás todos los cotilleos de San Diego, ¿de acuerdo?

—Tu voz suena muy lejana, hijita. Como dices, ese país debe estar muy lejos. ¿No podría veros alguna vez? —preguntó la anciana.

—Bueno, creo que no. Es decir, ¡quién sabe! —repuso Eva Harlow —, Quizá algún día...

—Querida Eva, eso parece una cita para la Eternidad —susurró la anciana, enjugándose unas lágrimas.

Se produjo un silencio. Pero luego volvieron a sonar las risas de Eva, en los oídos de tía Elsa.

—Es una broma, tiíta. Tú me conoces, casi nunca hablo en serio contigo. Escucha: cuídate bien, no pases calor, toma tus píldoras, y ve al médico de cuando en cuando. Y ahora, buenas noches, queridísima tía Elsa. Un beso.

Una sonrisa distendió los labios de la anciana.

—Un beso, hijita querida.

F I N

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.